

*La pandilla*

# WFO 2

EL SECRETO DEL ÁREA 51

**ISRAEL MORENO**



**La pandilla ufo 2:**  
**El secreto del ÁREA 51**

**ISRAEL MORENO**

## **Comunidad:**

Síguenos en:

Twitter: [@pandillamonstruo](#)

Instagram: israelmoreno

Facebook: Israel Moreno Escritor

**Copyright@2019 Israel Moreno**

**Todos los derechos reservados**

**Diseño de portada:** Alexia Jorques.

**Edición y Corrección:** Teloseditamos Servicios Editoriales.

## **dedicatoria**

Otra vez para ti, Adriana. Esta es la segunda parte que te prometí de las aventuras de la Pandilla UFO. Espero que la disfrutes tanto como la primera. No te asustes si en algún momento te da un poco más de miedo y tampoco te enfades con el final. Todavía queda una última tercera entrega y muchas cosas que contar. Disfrútala porque es tu aventura. ¡Te queremos tres mil!

## NOTA DEL AUTOR

Esta novela que tienes en tus manos es la continuación directa de *La pandilla UFO: una novela juvenil sobre el caso Roswell*. La narración y la mayoría de los acontecimientos de la presente entrega transcurren un año después de los sucesos ocurridos en la anterior, por lo que es una historia totalmente dependiente de esta y necesitas leer ambas para disfrutar sin problemas.

Si no has leído la primera parte de *La pandilla UFO* y has llegado hasta aquí, no temas. La tienes totalmente GRATIS en Amazon, Google Play, iTunes, Kobo, etc.

Pasajeros, aprieten sus cinturones. Despegamos en una nave espacial para continuar las aventuras de esta loca pandilla de amantes de la ufología. ¿Quién no ha querido alguna vez vivir algo parecido?

# PRÓLOGO

## Área 51, Nevada, EE. UU. 10 de agosto de 2018

Eran las cuatro de la tarde. Aiden de la Cruz conducía su flamante coche militar a través de la carretera 375, en Nevada, la llamada «calzada extraterrestre», que recorría de norte a sur el condado de Lincoln. Observaba a través del retrovisor cómo iba dejando atrás una serie de imaginarias e ilustrativas señales. Una muestra más de que el propio gobierno había caído en la tentación de sucumbir al folclore alrededor de la base del Área 51, reconociendo su potencial turístico.

El Área 51 es una extensión territorial situada en Nevada (Estados Unidos), a unos ciento treinta y tres kilómetros al noreste de la ciudad de Las Vegas, propiedad del gobierno norteamericano. La popularidad del lugar siempre había estribado en el hecho de, durante muchos años, corrió el rumor de que allí se venían desarrollando experimentos, pruebas con tecnologías secretas y nuevas aeronaves militares.

La mayoría de los viajeros que visitaban la zona se dirigían a la pequeña localidad de Rachel, en la que se hallaba el famoso Little A'Le'Inn (pronunciado en inglés como «Alien»), un bar restaurante y motel que llevaba décadas recibiendo a turistas llegados de todas partes. Allí, Aiden hizo un pequeño parón en el camino y se tomó una enorme jarra de cerveza negra junto a unos nachos bañados en queso. Tenía la mirada perdida. Los recuerdos volaban en su mente. El rancho, los niños, el platillo enano...

No se entretuvo demasiado y abandonó pronto el lugar para no llegar tarde a la importante cita que tenía. Le esperaba la gran base militar que, hasta hacía poco, se presuponía que era un secreto de Estado.

Al llegar a la verja de la entrada fue recibido por un soldado. Aiden aparcó su coche en una explanada y se introdujo en un JLTV, el vehículo militar que había reemplazado al poderoso Humvee. Este lo llevó al corazón de la base. Todo el perímetro estaba patrullado por guardias de seguridad armados. Llegaron a un gran hangar cubierto, bajaron por un ascensor. Tras recorrer varios pasillos con puertas blindadas alcanzaron su destino: un despacho oculto donde le esperaba el general Nelec, de cuarenta y nueve años, complexión fuerte y un estrambótico bigote. Lo recibió con una falsa sonrisa. Se sentaron y le ofreció un cigarro, que Aiden aceptó diligente. Tras acomodarse, Nelec inició su interrogatorio:



—¿Y bien? ¿Qué le parecen nuestras instalaciones?

—Llevaba tiempo deseando poner un pie aquí.

—Claro, cómo no. Todo el mundo está ansioso por conocer tan misterioso lugar. No olvide el comentario que hizo en 2013 el entonces presidente Barack Obama: «Ahora que me he convertido en presidente, una de las primeras cosas que te preguntan es qué pasa realmente en el Área 51».

—Me parece que el propio gobierno de EE. UU. da vida a estos rumores, al negarse a abordar cualquier asunto relacionado con la base militar, por mucho que esa zona sea una cuestión de seguridad nacional.

—De eso hablaremos en unos minutos. ¿Sabe por qué le he llamado, señor Aiden?

—Mucho me temo que sí —dijo el aludido, sin ser capaz de evitar echar un vistazo a las secuelas de su mano, abrasada en el rancho Foster, durante el incidente de Roswell.

—Pues cuando quiera puede empezar. Tiene mucho que explicarme. En fin, hagamos recuento, si no le parece mal... Sus informes dicen que está detrás de un supuesto platillo volante de dimensiones enanas, consigue la piedra de Roswell, insiste en que hay una estrecha relación entre ambos, realiza usted en el día grande del festival un auténtico despliegue por tierra y aire... y ¡lo único que consigue es quemarse la mano en una explosión persiguiendo a unos niños! Sabe que, si no fuera por su expediente immaculado, le hubiera puesto de patitas en la calle, ¿verdad?! Sin embargo, lo tiene usted crudo. He mandado un informe sobre lo ocurrido y no puedo garantizarle que continúe destinado en Roswell cuando vuelva a darse de alta.

—No pienso seguir inoperativo para siempre. Y menos ahora. Déjeme reparar este estropicio.

—¡No me haga reír! Mire cómo tiene el brazo. Usted ahora mismo no está ni para firmar un mísero documento.

Aiden asintió y tragó saliva. El general aporreó su mesa con rabia. Cayeron al suelo varias carpetas con expedientes... pero no se inmutó.

—Señor, es que...

—¡Cállese! ¡Y para colmo, días después, aparece algo en el lago de Roswell y medio mundo especula con que es un ovni! ¡No se puede gestionar el asunto de forma más torpe! ¡Estamos en boca de todo el mundo!

—Intentamos disuadir a la opinión pública desacreditando las fotos de internet. La zona está vallada y protegida. No se preocupe, en poco tiempo ya nadie dirá nada sobre ello.

—¡Claro! ¿En qué mundo vive? Si llevan hablando sin parar setenta y un años sobre Roswell. ¡Esto solo es la guinda del pastel! ¡Roswell! ¡Siempre Roswell! ¡Y encima ese impresentable de Raymond Carpenter amenaza con publicar en breve un libro sobre la experiencia que vivió allí, en el último festival, y dar no sé qué primicia sobre algo que nadie sabe de aquella zona! No estoy para bromas, nos la estamos jugando. Parece usted imbécil, y también que no sabe lo importante que es ese lugar para nuestros intereses.

—Ese bastardo no vio nada, señor. Me encargué de dejarlo K.O. durante el suceso. Es un charlatán de pacotilla.

—Pues hará como siempre, inventarse cosas sobre el ejército y lucrarse con ello. Algún día le daremos su merecido —sentenció Nelec en un pico de furia.

Aiden intentó relajar el ambiente.

—Encontraremos el platillo volante y la piedra. Desaparecieron de forma misteriosa, pero estamos peinando la zona. No puede haberse desvanecido así como así.

—¿Sabía usted que ese platillo volante diminuto no es un simple ovni enano? Puede tener incluso más importancia que el hemos encontrado en el lago.

—¿En qué sentido?

—Haciendo un barrido de información descubrimos que en nuestros archivos teníamos información sobre avistamientos recientes de platillos similares en varios lugares de Estados Unidos: Dallas, Wisconsin, Colorado y Texas. El caso más extraño por su parecido ocurrió a primeros de año en Arizona, cerca de Nuevo México. ¡Otro relato de un diminuto ovni! Una niña de la ciudad de Phoenix salió a buscar a su perro cuando observó un pequeño objeto luminoso amarillo flotando en el cielo. Entonces se dio cuenta de que el extraño objeto estaba en la arboleda cercana. La niña lo ha descrito como un sombrero plateado con unos diecisiete centímetros de diámetro y estaba cubierto de una sustancia viscosa que se le pegó en las manos. Tenía unas marcas inusuales en la parte inferior del platillo.

—¡Un jeroglífico cifrado! Igual que el que sostuve en mis manos —confirmó Aiden frustrado—. Lo siento, señor. Entiendo lo que podríamos haber avanzado si yo no hubiera tomado tantas malas decisiones. Siento que no tengamos el pequeño platillo cuando estuve tan cerca.

Nelec aumentó su enfado, pero Aiden no le dejó replicar esta vez.

—¿No han podido capturar el aparato en ninguno de estos lugares donde

se han identificado los avistamientos?

Nelec negó con la cabeza.

—Ni uno solo. Son demasiado escurridizos... Lo peor es que se han repetido casi cuarenta casos exactamente iguales que este con niños de diferentes lugares del continente americano. Pero, como ya le he dicho, aún no hemos podido capturar ninguno. No es algo que podamos controlar. Ocurre de forma aleatoria. Muchos de ellos nos dejan insólitos testimonios sobre presencias de extraños seres que han transmitido el mismo mensaje. Con el mismo código grabado.

—¿Y me podría decir cuál es? —inquirió Aiden.

Nelec cogió otro cigarrillo y, tras encenderlo, aspiró fuerte hasta casi llenar la sala de humo. Entonces siguió:

—Puede tratarse quizás del mismo mensaje que recibimos en 1947, en el famoso accidente de Roswell. Ahora se está repitiendo en tantos sitios que pronto habremos perdido el control de la situación si no actuamos rápido.

Nelec sacó un mapa de EE. UU. con numerosos puntos rojos que marcaban lugares de avistamientos y testimonios. Aiden se quedó mirando fijamente el que estaba situado en Roswell.

—¿Qué sentido tiene que hayan pasado setenta y un años entre el primer mensaje en Roswell y esta ola que lo repite, tal como indica el mapa?

—Esa, amigo mío, es la pregunta del millón. Y le prometo que lo averiguaremos caiga quien caiga —finalizó Nelec lleno de ira.

# **EL SECRETO DEL ÁREA 51**

## **Universidad de Montana, diez meses después. Viernes 28 de junio de 2019**

Israel acudió pletórico al último día lectivo de la universidad. A pesar de que el grado de Física y Astronomía era una de las carreras más complicadas, consiguió aprobar el primer curso sin problemas. Después de estar en su primer año explorando los aspectos fundamentales del universo, como la energía, la electricidad y la velocidad, conoció de primera mano cómo funcionaba el universo analizando sus leyes, experimentado y observando. Se sentía muy orgulloso y, sobre todo, aliviado. Sabía que a sus padres la matrícula les costaba un ojo de la cara. No quería ni hacer un cálculo porque seguro que se trataba de varios de miles de dólares. Era un afortunado, porque muchos estudiantes tenían que acudir a créditos bancarios para poder comenzar sus estudios. ¡Hipotecados con menos de veinte años! ¡Menuda locura! Así que, sí, se sentía muy afortunado y, sobre todo, agradecido.

Caminaba rumbo a la Universidad de Montana con la alegría de que, al día siguiente, viajaría a Roswell para pasar el verano con su familia. Estaba deseoso de verlos a todos, sobre todo a su hermana Adriana y a Currito. Seguro que los dos habrían crecido una barbaridad en tantos meses. No los veía desde las vacaciones de Navidad. Un tiempo que se le antojaba interminable.

Ese día era la despedida del curso y el profesor de Cosmología Avanzada, César Puchol, de mediana edad, iba a tomarse la clase para hablar de «frikadas». Los estrictos planes de estudios no eran una barrera para que las clases no fueran dinámicas. Lo bueno del sistema educativo americano estaba en que era mucho más abierto que el de muchos países asiáticos y europeos, donde hasta hacía poco solo se enseñaba a través de la pizarra. Desde hacía varios años la mayoría de los países latinoamericanos trabajaban sobre textos y estudios de casos, mientras que en Estados Unidos la pedagogía se había ampliado muchísimo más: en las clases se llevaba a cabo una discusión profunda acerca de cualquier tema y se focalizaba en las ideas.

Los alumnos fueron ocupando sus asientos mientras el profesor César llegaba con su maletín, su larga melena y ese aspecto tan desaliñado que levantaba pasiones. En concreto ese día llevaba una camiseta de Godzilla.

—¡Buenos días a todos! —exclamó entusiasmado.

Los pupilos contestaron al unísono.

—Hoy es un día especial. ¡Nos vamos de vacaciones! —insistió.

El jolgorio no se pudo disimular. Cuando se tranquilizó su alumnado, continuó el discurso:

—Como habéis trabajado muy duro este año en mi asignatura, os voy a premiar con un debate de esos que en la facultad parece que son tabú...

—¿Vamos a hablar de series de ciencia ficción? —preguntó una descarada alumna de la primera fila.

—En realidad, no. Pero si te preocupa cuándo van a estrenar la tercera temporada de *Stranger Things*... —Cesar señaló a la camiseta de uno de ellos — vas a tener suerte. Este verano podrás ver las nuevas aventuras de Will, Once y compañía.

—Vale, pero eso ya lo sabíamos. ¿De qué vamos a debatir? —inquirió un joven sentado en la esquina.

—A ver. Me refería al tema... ovni. —El señor Puchol sonrió, sabiendo que era un tema estrella.

La cara de entusiasmo fue generalizada, así que Puchol se animó a continuar. Israel los miraba con recelo. Claro que seguía amando esos temas, pero aún no habían cicatrizado las secuelas de la última aventura de la Pandilla UFO el año pasado. No obstante, aunque no mostró gran interés, por dentro ardía en deseos de que comenzara la charla. En él era inevitable, por mucho que se escondiera bajo una coraza de indiferencia.

—La gran pregunta es: ¿Estamos solos? Como ya podéis imaginar, no tengo una respuesta clara. Podría ser que fuéramos la única civilización inteligente en este vasto universo... o no.

—Casi mejor así —un alumno latino llamado Ezequiel interrumpió al profesor—. Sería terrorífico pensar que pudiera haber algo o alguien más poderoso fuera de nuestra experiencia en la Tierra.

A Israel le desquiciaba ese tipo. Era insoportable y la mayoría de las veces intervenía para incordiar. Pero el profesor no cesó en su empeño.

—Querido Ezequiel, gracias por tu puntualización, pero, como investigador de la NASA y ahora tu preferido profesor de Astronomía, os puedo decir que asistí hace muy poco a una Conferencia de Contacto auspiciada por la agencia espacial, que se centró en una seria especulación sobre la existencia de los extraterrestres. Durante la conferencia, un participante dijo en voz alta y con tono siniestro: «¡No tenéis ni idea de lo que

hay ahí fuera!». Casi todo el mundo calló con cierto resquemor y, por qué negarlo, miedo.

—¡Claro que los humanos tenemos pánico a una hipotética visita de los extraterrestres a la tierra! Quizás las distancias entre las estrellas son imposibles para nosotros... ¿pero podría haber alguna forma de vida que pudiera traspasar esa barrera? —añadió una chica justo delante de él.

Israel asentía callado. Sabía que, por supuesto, era más que viable que existiera esa posibilidad. Pero él y sus hermanos también sabían que, al menos, los visitantes del incidente Roswell no venían de tan lejos. Convivían con nosotros en las profundidades de la tierra. Sin embargo, había sellado un pacto de silencio en su momento y, por tanto, no dijo nada. Dejó que la conversación siguiera su curso. En boca cerrada no entran moscas.

—Los que me conocéis sabéis que siempre me han interesado los ovnis —prosiguió César Puchol—. Por supuesto, siempre existe la emoción de pensar que podrían ser alienígenas de otros mundos diferentes al nuestro y que pudieran ayudarnos a evolucionar de forma vertiginosa. Por ejemplo, que nos ayudaran a terminar con las enfermedades mortales, combatir el cáncer o el Alzheimer.

El señor Puchol hizo un parón y respiró hondo. Israel sabía que, dos meses atrás, el profesor había perdido a su padre tras una larga enfermedad. Los ojos le brillaron como el vidrio. Sin duda soñaba con haber evitado su propia tragedia si la humanidad hubiera poseído conocimientos avanzados de otras civilizaciones. Tras el breve descanso reanudó el coloquio:

—¿Qué ocurriría en el caso de un contacto extraterrestre? ¿Sería pacífico como ocurre en la película *La llegada* o sería un ataque violento en toda regla como en *La invasión de los ultracuerpos*? Os recuerdo el gran miedo del maestro Stephen Hawking. Ya comenté que el famoso astrofísico rechazó numerosas veces los intentos de contactar con otra civilización porque, según él, podrían tratarnos como microbios. Siempre ha estado en contra de enviar al espacio nuestra localización en el universo y de hacernos notar.

—Claro —puntualizó Ezequiel—. Si así fuera, los extraterrestres inteligentes podrían ser simples saqueadores dispuestos a devastar y conquistar nuestro planeta.

—Efectivamente, Hawking decía que un día podríamos recibir una señal de un planeta, pero deberíamos ser cautelosos en responder. Encontrar una civilización avanzada podría ser como cuando los nativos americanos se encontraron con Colón. Aquello ya sabéis cómo fue. Si fueran más poderosos

que nosotros y nos dieran el valor que le damos nosotros a algunos animales...  
¿Os imagináis cuál sería nuestro destino?

—Como el de un toro en un ruedo —sugirió Clara en alusión a la conocida fiesta de la cultura española. Ella también era una excelente alumna de Nuevo México, como Israel.

El profesor retomó el discurso:

—Exacto. Sería... estremecedor. Pero... intentando olvidar esto, pues a fin de cuentas solo es una hipótesis, para mí lo más excitante es la posibilidad de que los viajes interestelares fueran tecnológicamente alcanzables. Creo que necesitamos afrontar la posibilidad de la existencia de objetos extraños, que superan a nuestros mejores aviones, que desafían cualquier explicación plausible y que pueden ser, por qué no, visitantes del espacio exterior. Además, hay muchas evidencias para apoyar los avistamientos de ovnis...

—¿Como por ejemplo el supuesto platillo volante que encontraron en el lago de Roswell hace casi un año?! —proclamó Ezequiel excitado.

Todo el mundo desvió la mirada hacia Israel. ¡Sabía que la conversación acabaría así!



Israel se sintió como en una encerrona.

—Y bien ¿qué es lo que queréis de mí? —preguntó ofuscado. No pretendía ser protagonista del debate, pero sin querer había pasado a ser el foco de atención.

—Amigo —dijo con desdén Ezequiel—, conoces perfectamente lo que queremos que nos cuentes. Sabemos que vivías a escasas millas del lago de Roswell, donde el ejército encontró un supuesto platillo sumergido el pasado verano del que seguro que no nos han contado la verdad.

—En realidad no tenemos idea de qué pasó allí —añadió Clara—. Lo único que sabemos es que el lago está cerrado al público y han puesto enormes vallas en muchos kilómetros a la redonda.

—¿Y qué creéis que os puedo contar? Preguntadle al ejército. Yo no tengo ni idea de qué es ni qué hicieron con él.

—Israel, no pretendíamos agobiarte —le tranquilizó el señor César—. Ya sabemos que el ejército se muestra muy oscurantista con estos temas. No hace falta que nos des explicaciones si no te apetece. Lo siento si te hemos molestado.

—Es que no sé mucho más que vosotros, profesor —puntualizó Israel.

César Puchol intentó desviar la atención de su más apreciado alumno.

—Miradme. Imaginaos que ese platillo de grandes dimensiones nos pudiera dar la clave para lo que dije antes, la posibilidad de mejorar nuestra capacidad de viajes a través del universo. Aunque Hawking tenía recelos de los extraterrestres, sí estaba entusiasmado con la idea de viajar a otras estrellas, especialmente porque no tenía grandes esperanzas sobre nuestro planeta. Para sobrevivir, la humanidad tendrá algún día que abandonar la Tierra y colonizar otros mundos. «Si queremos sobrevivir como especie, nosotros debemos también extendernos hacia las estrellas», afirmó textualmente. ¿Qué opináis?

Israel recogió el guante.

—¿Por qué siempre estamos haciendo todos los esfuerzos por intentar abandonar este planeta? ¿No os dais cuenta de que todo aquello que puede provocar la extinción humana, como por ejemplo la guerra nuclear, el calentamiento global, los desastres medioambientales y los virus producidos por la manipulación genética es culpa nuestra? ¿Por qué no paramos esta

locura?

—Ojo con lo que dices, Israel —advirtió, el profesor—. En los últimos meses se está insistiendo en que quizás no podría haber una vuelta atrás para el calentamiento global. Parece ser que la Tierra está al borde del abismo y muchos investigadores aseguran que el clima estaría cerca de desencadenar una serie de sucesos que provocarían un aumento global de la temperatura de entre cuatro y cinco grados centígrados y que los niveles de los mares cubrirían sesenta metros más que el nivel actual. Lo peor de todo es que la ola de incendios forestales que está asolando nuestra naturaleza está causada por este sobrecalentamiento, que en este caso actúa como si fuera un catalizador. Un clima cálido, seco y ventoso favorece los incendios forestales porque el cambio climático, además de traer aire más seco y caliente, crea ecosistemas más inflamables al aumentar la tasa de evaporación y la frecuencia de las sequías...

—¡Sí, profesor! —intervino una alumna que había mantenido silencio hasta ese momento—. A principios de este año hemos recibido un aviso muy serio cuando en Chicago se produjo aquel vórtice polar con cincuenta grados bajo cero. Hubo varios muertos y temblores terrestres. Una ola de frío que jamás se registró antes.

—Ante este panorama inquietante —prosiguió el profesor—, la búsqueda de un lugar nuevo para vivir quizás no sea una cosa tan innecesaria, Israel.

—¡Pues entonces quizás es lo que nos merecemos! —proclamó el joven. La respuesta dejó helados al resto de los alumnos, pero el timbre del cambio de clase salvó la situación embarazosa.

El resto del día transcurrió con absoluta normalidad. Israel se despidió de sus compañeros hasta septiembre, pero antes de irse subió al despacho de César Puchol. Tenía mucho que contarle...

El despacho del profesor Puchol estaba al final del pasillo del Departamento de Astronomía de la facultad de Montana. Llamó a la puerta y él, de forma gentil, lo invitó a pasar. Cuando abrió, Israel se encontró con una escena de lo más inverosímil. El profesor tenía una pequeña pantalla LCD en su mesa principal y estaba jugando, como el que no quiere la cosa, a la Nintendo Mini, en concreto al juego *Maniac Mansion*.

—Pasa, Israel... —le dijo mientras seguía aporreando el clásico mando de la consola.

—Conoces este juego, ¿verdad? Es una aventura gráfica de buena época de Lucasfilm, de los años 80. Llevo décadas intentando rescatar a la novia del protagonista de las garras de un científico loco controlado por un meteorito que colisionó cerca de la mansión. ¡Pero siempre se me atasca el final! ¡No sé cómo abrir la puñetera puerta del laboratorio de ese maniaco!

—Digo yo, profesor, que podría haber mirado algún tutorial por internet en todos estos años.

—¡No! ¡Respuesta incorrecta! ¡Eso es para cobardes!

Israel asintió sonriente. Por ese y muchos motivos más adoraba a este profesor. Era único.

—Mire, señor Puchol, yo me quería disculpar por mi actitud en la clase de esta mañana...

—No hay nada que perdonar. No te preocupes. —César pausó el juego y giró la silla para mirar a los ojos a su pupilo—. ¿Sabes por qué he sacado el tema? Antes de irme de vacaciones a mi casa de Miami, tengo varios compromisos que tienen mucho que ver con el tema de la ufología, si se puede decir de esa manera.

Israel frunció el ceño con interés.

—Mira, tengo algunas citas muy importantes. La primera dentro de dos días. Supongo que ya sabes que van a abrir un museo al público del Área 51 y han invitado a personalidades para la inauguración.

—Profesor... eso es genial. ¡Cómo me gustaría estar en su pellejo! Pero... no entiendo qué pretenden en realidad.

—Está claro. Quieren mostrar al mundo que allí no hay nada que tenga ver con extraterrestres —explicó César.

—Pero yo he visto filmaciones en las que un experto aseguraba haber

trabajado en el estudio de naves y cuerpos extraterrestres justo allí, en esa base secreta. Se mostraba una serie de fotos correspondientes a distintos tipos de alienígenas y naves espaciales que fueron tomadas con cámaras en esa área, en el estado de Nevada. Creo que se llamaba Boyd Bushman, un científico que ya murió hace unos años.

—Sé quién es. Esas imágenes y el video recorrieron el mundo y tampoco tardaron en llegar las denuncias de investigadores y ufólogos reconocidos, quitándole credibilidad a este señor. Creo que el video de Bushman es una patraña, con todos mis respetos —dijo el profesor convencido.

—¿Cómo puede estar seguro? Si bien algunos especialistas desacreditan completamente el testimonio y las «pruebas» que aportaba Bushman, su versión sobre lo que realmente se esconde dentro del famoso Área 51 en Nevada... no hace otra cosa que alimentar el misterio y las teorías conspirativas.

—Israel, todos hemos escuchado miles de historias acerca del Área 51: lo hemos visto en la televisión, leído en muchos libros o revistas de parapsicología que tratan de supuestas conspiraciones entre científicos y gobernadores estadounidenses y, sobre todo, demasiadas leyendas urbanas sin ningún tipo de fundamento. Hace tres años, el mismo jefe de la NASA admitió que la base pertenecía a la Fuerza Aérea Estadounidense para probar aviones experimentales, aunque en ningún caso ocultaba tecnología extraterrestre. Claro, eso no quita que piense como él, es decir, que existe vida extraterrestre en el universo y que vayamos a encontrar pruebas de ello. Yo creo que algún día vamos a encontrar otras formas de vida, si no en nuestro sistema solar, en los miles de millones de sistemas solares que hay en el universo. ¡Es una cuestión de estadística! Hoy sabemos que hay no miles, sino millones de otros planetas, muchos de los cuales pueden ser muy similares a nuestra Tierra. Así que algunos de nosotros, muchos de los científicos de la Universidad y, por supuesto, de la NASA, creemos que vamos a encontrar pruebas de que hay vida en otros lugares del universo.

—Yo estoy convencido. De hecho, le quería contar algo con respecto a eso. Sé algo de lo que nadie más ha oído hablar.

—Antes de que sigas... lo que quiero ofrecerte es que me acompañes al Área 51. Parece que nuestro gobierno siente la necesidad de lavar su imagen tras décadas de teorías, rumores y conspiraciones. Así que no te lo pienses y ven. Te conseguiré un pase VIP. No creo que haya problemas.

—¿De verdad?

—Sí, así que llama a tus padres y diles que volverás a Roswell unos días más tarde. ¿Qué te parece la idea?

Israel estaba emocionadísimo. No se lo podía creer. Dio un salto de alegría.

—Y bueno... ¿qué es eso tan importante que me querías decir? — preguntó César intrigado.

Pero aquel día su pupilo tampoco le contó nada.

**Roswell, Nuevo México. Viernes 28 de junio de 2019**

El timbre fue una liberación. Adriana salió corriendo con su maleta hacia la salida sin despedirse de nadie. ¡Por fin habían llegado las vacaciones de verano! Con doce añitos recién cumplidos estaba deseando disfrutarlas a tope, sobre todo con sus amigas. Querían ir a la piscina de Elks, a la bolera y al cine, a ver todos y cada uno de los estrenos veraniegos. Desde hacía poco sus padres le habían dado permiso para salir sola con sus amigas, aunque los horarios todavía eran muy estrictos. Tenía planes para rellenar un libro entero, así que no había tiempo que perder.

La semana siguiente habían quedado para ver *Spider-Man: Lejos de casa*. El arácnido era su héroe preferido junto a Wonder Woman. Contaba las horas para ver en el celuloide la última película de Marvel tras el exitazo de *Vengadores: Endgame*, con la que vivió un torrente de emociones. ¡Después de veintidós películas no era para menos!

Pero no podía negar que, por encima de todo, le chiflaban las cintas de ciencia ficción gracias a las enseñanzas de su hermano mayor. No paraba de pensar que quedaba muy poco para volver a ver a Israel. Llevaba ausente casi seis meses. ¡Qué ganas tenía de abrazarlo y, sobre todo, vivir alguna aventura más con la Pandilla UFO! Se sentía orgullosa de pertenecer a ella y el susto del año pasado en el Rancho Foster no había aminorado su pasión. Aunque echaba de menos a Kery, el pequeño platillo volante que tuvo loco a todo el mundo en Roswell. Ni que decir tiene que le habría encantado quedarse con aquella criatura enana que lo acompañaba, bautizada como Max. Pero desaparecieron delante de sus ojos y nunca más se supo de ellos. Esperaba al menos que no estuvieran muertos. ¿Habrían vuelto a su lugar de origen? Ojalá estuvieran a salvo. Sería un consuelo.

Cuando el autobús la dejó en la puerta de casa entró como un ciclón y allí estaba toda su familia... menos Israel. Su madre Mayi preparaba un cocido y unas natillas, su padre leía el *Roswell Daily Record* mientras que Currito estaba emocionado zapeando en la televisión.

—¿Dónde está Israel? ¿No venía este fin de semana? —Adriana no pudo ocultar su decepción.

—Acaba de llamar. Va a retrasar la vuelta al lunes. Este fin de semana se

va de excursión con un profesor al Área 51, en Nevada. Al parecer lo han abierto por primera vez al público. Dice que tiene que hacer un trabajo para septiembre... No lo entiendo, porque lo ha sacado casi todo con sobresaliente. Pero en fin...

—¡Jopé, qué morro, yo también quiero ir! —se lamentó Adriana.

—Pero a ver, mi niña... ¿Te interesa eso para qué? —preguntó Albert, su padre, descubriendo la cara tras el periódico.

—¿Por qué va a ser? ¿Ese no es el sitio donde dicen que se realizan pruebas con naves espaciales extraterrestres y donde tienen encerrados a los *aliens*? ¿No era allí donde investigadores extraterrestres aseguraban que se realizaron las autopsias de los *aliens* de Roswell? ¿Te acuerdas, Currito?

Su hermano pequeño giró la cabeza en señal de complicidad, pero siguió embobado con la caja tonta.

—¡Pues que venga a recogerme y me voy con él! ¡Yo también soy de la Pandilla UFO! —se quejó Adriana.

—Vamos a ver... ¿Todavía estamos con esa pamplina? ¿No te ha bastado el susto que os llevasteis en el Festival OVNI el año pasado? ¡Vaya mal rato que pasamos! Ya te dicho que las aventuras de la Pandilla UFO, o lo que sea eso, han finalizado. No quiero más tonterías y cuando vuelva tu hermano se lo voy a poner muy claro. No quiero que estéis otra vez todo el verano de aquí para allá metiéndoos en líos... Es que cojo la caseta del árbol y le meto fuego.

—Han cercado todo el perímetro del lago de Roswell. Se ha prohibido el baño y el camping este año. A saber lo que ocurre allí. Y ni se os pase por la cabeza acercaros. Que ya me lo estoy viendo venir... —le advirtió su padre.

De repente bajó enloquecido Copito, el pequeño perro blanco que tenían como mascota desde hacía dos meses. Adriana se agachó a acariciarlo, pero siguió con su protesta.

—Pues vaya rollo de verano si no voy a poder hacer nada...

—¿Cómo? ¿Por qué no haces cosas normales, como ir a la piscina, salir con tus amigas y esas cosas? —inquirió la madre.

—Sí, claro, pero eso también lo puedo hacer el resto del año. Ahora quiero también hacer otras cosas más... diferentes.

—¿Pues sabes? Este verano va a ser el más divertido. Hemos alquilado en julio un *bungalow* con piscina en el Grand Canyon National Park en Arizona... No os podréis quejar.

—¡No, no y no! ¡Ni muerta! —protestó Adriana.

—Pero ¿qué dices? ¿Cómo que no vas a venir? No tienes más opciones

—replicó Mayi.

—¿Qué? ¡No me apetece! ¿Nos vamos a ir de Roswell justo cuando se celebra el Festival OVNI? ¡Mi amiga María me había dejado un disfraz de la Capitana Marvel! ¡No podéis hacerme esto!

Currito se acercó, poniendo pucheritos, para contribuir al chantaje emocional de su hermana. Él quería ir con su amigo Hugo vestido de Thanos. ¿Existía un alienígena más poderoso en el universo? Juró que cuando se empuñara el Guantelete del Infinito haría desaparecer los meses de colegio.

—¡No lo entiendo! ¡Si os encanta ese festival! ¿Cómo no os importa ir este año? —insistió ella.

—Vamos a ver, Adriana. Después del sofocón que nos hicisteis pasar el año pasado... ¿Qué pretendes? Destrozasteis nuestro coche y nos disteis un susto de muerte. Preferimos irnos de vacaciones a descansar con toda la familia y que os dejéis de tonterías. Además, este año no podemos irnos en agosto porque se opera vuestra abuela.

—¿Israel sabe esto? Seguro que él tampoco quiere ir —advirtió.

—Lo hemos improvisado de un día para otro. Es lo que hay. Os tendréis que adaptar todos. Y cuando digo todos es todos —dijo el padre mirando a Currito, lleno de lágrimas.

—¡Jopé! ¡Qué rollo! ¡No es justo!

La discusión quedó en suspenso cuando oyeron el timbre. Al abrir la puerta, Adriana se llevó el susto de su vida. El visitante se quitó la gorra y le mostró la mejor de sus sonrisas, pero Adriana no paraba de mirarle las secuelas de la mordedura que le dio doce meses antes, cuando intentó robarles el platillo volante. No podía ser otro.

¿Qué hacía allí... Ralph?



—Hola, Adriana... ¿Cómo estás? ¿Puedo pasar?

La niña se quedó muda. Ralph llevaba un año sin aparecer por allí y había roto la amistad con su hermano mayor, o al menos eso creía.

Mayi lo invitó a entrar al salón. La niña lo dejó pasar, no sin antes tragar saliva.

—¡Hola, Ralph! ¡Qué alegría verte! —exclamó la madre—. ¿Qué te trae por aquí?

—¿Aún no ha regresado Israel de la universidad? —preguntó él.

—Regresa el lunes, aunque no tardaremos en irnos de vacaciones —afirmó el padre, mirando de reojo a Adriana. Ella le sacó la lengua con una mueca de desaprobación.

—Vale, intentaré hablar con él cuando vuelva. No se preocupe y perdone las molestias.

Ralph se dio la vuelta ante la atenta mirada de Adriana, que lo observaba desafiante. Pero le lanzaron una última pregunta:

—¿Cómo está tu padre, Ralph? No sé cómo le agradeceremos a Aiden que salvara a nuestros hijos de aquella explosión en el rancho.

Adriana se indignó. ¡Pero si a aquel militar no le hubiera importado matarlos con tal de conseguir el pequeño ovni! ¡Qué equivocados estaban! Todo era culpa del pacto de silencio que prometieron en la Pandilla UFO tras la desaparición del criptoterrestre y de Kery... La verdad era muy diferente. Pero no podían meterse en más líos.

—Está mejor. Aunque sigue de baja. No sabe aún si vamos a tener que desplazarnos a otro lugar.

—¿Os vais de Roswell? Vaya, qué pena. Supongo que por eso has venido. Para despedirte... —aventuró Mayi.

—No es seguro, pero todo apunta a que sí. Bueno, no os molesto más. Volveré dentro de unos días.

Ralph se marchó y le guiñó el ojo a Adriana. Ella no pudo reprimir su cara de asco.

Cuando se marchó, la hija prosiguió con la retahíla de que no iría de vacaciones con la familia. Lo único que consiguió fue terminar castigada a su cuarto. Sin cine, sin amigas y con un cabreo de aúpa. Miraba por la ventana cómo su padre jugaba al béisbol con Currito, que hacía las veces de catcher.

Era un extraordinario receptor de pelotas. Las cogía al vuelo. El díscolo animal no paraba de perseguir los lanzamientos de sus dueños.

El resto de la tarde pasó en el más puro aburrimiento hasta que, al atardecer, Currito subió a consolarla mientras ella jugueteaba con su kilométrica colección de muñecos «funkos» que rodeaban su cama. Algunas noches tenía que girarlos porque presentía que la observaban, pero era una fanática de los pequeños cabezones y no podía parar de comprarlos.

Como no había nada mejor que hacer, hicieron una de las cosas que más les gustaban: una sesión de cine. Eligieron *Wall-E*, la cinta de Disney-Pixar en la que se contaban las aventuras de un entrañable robot que, en el año 2815, recogía basura en una Tierra destruida y abandonada por sus habitantes, que, mientras tanto, hacían un crucero estelar a bordo de naves lujosas con todo tipo de comodidades. Al terminar la película, Currito estaba encantado.

—Mira, esta película es lo que llaman una «distopía» —comentó Adriana, alardeando de dominio del vocabulario.

—¿Eso qué es? —preguntó Currito.

—Pues es como un futuro donde la Tierra está destruida por culpa de la guerra, la falta de agua, la contaminación y otros desastres provocados por la propia humanidad.

—¿Y esto puede pasar de verdad? ¡Yo quiero un robot de estos para que sea mi amigo! —reclamó.

—Pues mira, estoy segura de que lo del robot lo vamos a ver algún día tú y yo. Lo del final de la Tierra, espero que no...

Adriana le vino un *flash*. Aquel mensaje de Max, el criptoterrestre. La Tierra estaba en un punto de no retorno. La humanidad había llegado demasiado lejos y si no ponía remedio...

—¿Te acuerdas de nuestro amigo el marciano del interior de la tierra? —inquirió Adriana.

—¿Seguro que era nuestro amigo? A mí me daba un poco de miedo...

—No, los malos eran los militares. El padre de Ralph —le aclaró.

¿Por qué no había difundido el mensaje del criptoterrestre? Israel había intentado olvidarse de aquello y selló con sus hermanos un pacto de silencio. También dijo que no podían hacer mucho más porque nadie les creería ni tenían ninguna capacidad de movilizar a toda una sociedad. Pero Adriana no estaba de acuerdo. Durante esos días solo le daba vueltas al mismo asunto. En ese curso la maestra hizo muchas actividades con los alumnos para aprender a reciclar y le explicó que cada año acaban en el océano unos ocho millones de

toneladas de plástico que pueden tardar siglos en desaparecer. También habían dado clases sobre concienciación, el cambio climático, la deforestación, la extinción de especies y la pérdida de biodiversidad.

Así que... habían recibido una advertencia muy importante desde los habitantes del interior de la tierra, un grito desesperado que afectaba a todos, pero tenían que callar sobre él. ¿Por qué? Decidió entonces que debía mandar un mensaje muy urgente a su hermano.

## Aeropuerto de Groom Lake, Área 51. Domingo, 29 de junio de 2019

Israel y su profesor llegaron temprano a su destino. Era un día muy importante y se sentían unos absolutos privilegiados, sobre todo el chico, pues entendía que, siendo un simple alumno de primer curso de grado, suponía todo un honor poder acompañar a un gran pedagogo como César Puchol. Al recoger sus maletas se dirigieron a un *parking*, donde los estaba esperando un enorme autobús militar para poner rumbo al Área 51, la zona del planeta más misteriosa; la que había hecho correr más ríos de tinta.

Durante el trayecto en autobús por la desértica carretera, el profesor rescató un tema que había quedado pendiente:

—Querido Israel. ¿Me vas a contar eso que dices que es tan importante?

Su alumno reaccionó con sorpresa y lo miró de reojo.

—No hay que ser muy inteligente para saber que sabes algo que no has rebelado —continuó Puchol—. Lo tienes dentro de ti y en el fondo estás deseando libertarte.

—¿Y cómo lo sabe?

—Soy muy observador y además llevo meses dándote clases. Lo tenía muy fácil. En cada debate que organizaba en clase he visto que te guardabas algo para ti. Por ejemplo, en la última sesión...

—Es cierto, profesor. Pero creo que mejor sería que callara para siempre. No quiero meterme en más líos, y menos poner en riesgo a mi familia.

—¿Estás seguro de que solo afecta a tus seres queridos...? ¿No es algo que deberíamos saber todos?

La respuesta dejó helado a Israel. Esa misma mañana acababa de leer un SMS de Adriana, en el que le decía que tenían que difundir la información transmitida por el criptoterrestre y la verdad sobre el misterio del ovni de Roswell. Le contestó que se calmara porque en dos días estarían juntos. Ya habría tiempo. Tenían todo el verano por delante para hablar, abordar el asunto con tranquilidad.

—Además... ¿Quién me podría creer?

—Sé que no confías en nadie. Y más desde que te pasó aquello que contaste con el escritor Raymond Carpenter... pero yo te aseguro que estoy

contigo.

—¡Bah! No me mencione a ese tipejo. Menudo farsante. Encima ha vuelto a escribir un nuevo libro sobre Roswell, según él, contando la verdad. ¡No quiero ni leerlo! ¡Es todo falso!

—Pues hablando de Raymond... ¿Sabes que lo han invitado otra vez a las conferencias del Festival OVNI de Roswell? —le anunció César.

—¡Flipo! ¡Esto es increíble! —bramó indignado su alumno.

—Además, lo mejor de todo es que tiene un debate conmigo. Yo voy a defender el punto de vista de la ciencia sobre los avistamientos de ovnis y él, desde el ámbito de la ufología, va a contar todo lo que sabe sobre extraterrestres con ese nuevo libro que dice que revelará verdades increíbles. Va a ser una discusión que voy a disfrutar, mucho. ¡No me va a durar ni un asalto!

—Pero contando mentiras y bulos este Carpenter es un experto. No baje la guardia. Sigue vendiendo millones de libros... así que la gente se traga cualquier cosa de este mamarracho.

—Pues para eso estarás tú a mi lado. Para ayudarme a tumbarlo.

—No lo entiendo... —murmuró Israel.

—Sencillo de entender. Te sentarás en el simposio conmigo como mi invitado de honor, mi alumno más aventajado de la facultad de Física. Y podrás intervenir, cuando quieras. Y si quieres contar ese secreto que tienes guardado y que nos interesa a todos... sería el lugar ideal para hacer el ruido suficiente como para que se te tuviera en cuenta.

Para Israel ese ofrecimiento era un auténtico orgullo y nada en el mundo le motivaba más que desenmascarar a aquel fanteche vende-libros. Pero todavía no tenía demasiado claro hasta dónde le gustaría contar, por mucho que Adriana le instara a ello.

—Acepto.

Ambos se estrecharon la mano, satisfechos. Ya había tiempo para pensar si revelaría o no la verdad sobre Roswell. Y si no, seguro que tendría cuerda para hablar de otros temas de ámbito científico-ufológico.

Poco más tardaron en llegar a las puertas de un gran muro que protegía la mítica Área 51. Desde luego que, si el gobierno había decidido dar a conocer todos los experimentos que mantuvieron ocultos durante tanto tiempo... iba a ser un hito el estar allí de cuerpo presente.

La puerta principal se abrió y un militar hizo una reverencia con unas palabras:

—Bienvenidos al Área 51.

## Área 51. Base de la Fuerza Aérea de Nellis, sur de Nevada

Tras franquear innumerables controles de seguridad y puertas vigiladas, les cedieron unas acreditaciones en el descansillo principal. Por allí no tardó en aparecer un militar de alto rango que se presentó con el nombre de Robert Rodríguez.

—Buenos días a todos, y sean bienvenidos. Hoy van a tener el privilegio de ver por primera vez lo que es en realidad el Área 51, por desgracia popularmente conocido por leyendas e hipótesis que se extienden a través de la red y que nos colocan como una instalación de actividades ilícitas y secretas en las que llevamos a cabo experimentos con extraterrestres.

—El gobierno ha contribuido a ello, no lo negarán —dijo un señor mayor que parecía el primo hermano de Einstein.

—Sí, caballero. Tiene usted toda la razón. Muchas de las conspiraciones han sido conjeturas que se han generado por culpa del secretismo, y lo hemos escuchado tantas veces que ya parece que estos mitos se vuelven reales. Ya saben, como decía Göbbels, «una mentira repetida mil veces se convierte en una verdad».

A Israel no le hizo gracia que mencionara una cita de aquel infame miembro del partido nazi. Pero la gente asintió, con ansias de seguir escuchando. No se podía negar que era una verdad como templo.

—En primer lugar, comenzaremos por lo obvio. Esta no es ninguna base secreta. El Gobierno de los Estados Unidos publicó en 2013 un mapa con la ubicación exacta de la base y, como ya saben, nos encontramos en la región sureña de Nevada, al noreste de Las Vegas. Es un aeródromo militar cerca del salar de Groom Lake.

—Muy bien, y ahora cuéntenos algo nuevo —añadió un científico de la NASA.

Robert Rodríguez rio jocoso.

—No sean impacientes. ¡Miren a su alrededor! La base es un centro de pruebas de vuelo de la Fuerza Aérea. Por ejemplo, hace algunos años se hicieron pruebas del avión espía U-2 para la vigilancia durante la Guerra Fría, como parte del programa de espionaje a la Unión Soviética.

La visita guiada se eternizó a través de un sinfín de lugares en los que se mostraban diferentes prototipos de aeronaves y tecnología punta militar. Nada que mostrara algo raro o digno de reseñar desde el ámbito ufológico. Hicieron un parón para almorzar y más tarde, al final de la jornada, Robert Rodríguez se justificó por enésima vez:

—Ya han podido ver con sus propios ojos que el Área 51 no es lo que mucha gente piensa. Aquí solo se hacen trabajos de investigación dentro de la más absoluta normalidad. No hay ningún extraterrestre, naves, ni nada extraño. El hecho de que esta zona haya estado siempre cubierta por un halo de misterio se debe a que los asuntos que se llevan a cabo aquí se encuentran en la más estricta confidencialidad, pero no por ello hay visos de tecnología extraterrestre o de hombrecillos de otros planetas.

El docente levantó la mano para intervenir.

—Señor Rodríguez, me llamo César Puchol y soy profesor universitario de Cosmología. Le agradezco esta visita, pero... me gustaría que dijera qué juicio le merece el vídeo que se publicó hace ahora dos años, donde un importante exinvestigador de la corporación aeroespacial Lockheed Martin muestra una serie de fotos, correspondientes a distintos tipos de alienígenas y naves espaciales, que fueron tomadas con cámaras de este mismo Área 51. En ellas parece demostrarse que aquí trabajan veinticuatro horas al día estudiando ovnis y cadáveres de *aliens*. Y me refiero sobre todo a testigos del accidente de la nave extraterrestre de Roswell de 1947. —El profesor guiñó el ojo a Israel mientras hablaba—. Porque son muchos los testimonios que hablaron de las propiedades mágicas de los restos y se dice que gran parte de los desarrollos tecnológicos de los últimos tiempos se obtuvieron gracias al estudio y la posterior duplicación del material alienígena: los transistores, los microchips, el láser o la fibra óptica de internet...

—Señor Puchol, todo eso es absolutamente falso. Creo que he sido bastante pesado en esta visita, al mostrarle cada recoveco de la zona con su explicación correspondiente.

—Pero ¿y si nos ha enseñado solo lo que quería que viéramos? —Israel soltó esa pregunta bomba casi sin pensar lo que decía. Tragó saliva cuando el militar lo miró de soslayo.

—A ver, lo que señor Lockheed explicó en ese vídeo tiene que ver con algo que aún no han visto aquí. Nuestra joya de la corona. No sean impacientes y comprobarán qué es.

Robert Rodríguez pulsó un botón de lo que parecía una especie de mando



a distancia. Una enorme puerta se abrió para mostrar una oscura sala oculta. Cuando se rebeló su interior todos quedaron mudos. Allí estaba esperando la gran sorpresa.

¡El platillo volante que apareció en las profundidades del lago Roswell un año antes!

Se alzaba majestuoso, demasiado brillante para haber estado sumergido. Los asistentes aullaron de alegría al ver, por fin, el gran huevo de pascua que se les había prometido.

El guía intervino ante el carrusel de preguntas que se avecinaba.

—Sí, señores. Esta es la nave que rescatamos en el lago de Roswell. Pero, antes de que empiecen a cuestionarse de dónde procede este enorme artefacto, insisto en dejarles muy claro que no es de origen extraterrestre.

—¿Entonces? —preguntó Israel intrigado.

—Voy a contarles toda la verdad. Y este es un día histórico porque esa verdad es también la explicación al enigma de Roswell.

Israel miró a su profesor de reojo, con un aire de desconfianza, pero ávido por conocer la versión del militar que no se hizo esperar:

—La Fuerza Aérea de Estados Unidos encargó, en los años cincuenta, la fabricación de una aeronave supersónica unipersonal con forma de platillo volante a la firma Avro Aircraft Limited. El Avro-car 1-US Livery, pues ese es su nombre en realidad, debía tener la capacidad de despegar y aterrizar verticalmente y una velocidad máxima de entre tres mil seiscientos setenta y cinco y cuatro mil novecientos kilómetros por hora. Su techo de altura era de más de treinta mil metros, con una autonomía de unos mil seiscientos kilómetros.

—Conozco perfectamente esta noticia. Es el proyecto 1794, un platillo *Made in USA...* pero nunca llegó a volar. Al menos eso leí el año pasado en unos archivos descalificados —replicó Israel.

El militar se giró y, con los ojos inyectados en fuego, le contestó al muchacho:

—Chaval, no sé de dónde sacas tanta información. ¿Te pasas el día leyendo cosas de este tipo por internet? Lo tuyo tiene mérito. No sé qué filtro utilizarás para no tragarte la mayoría de los bulos.

Cesar Puchol miró a su alumno para transmitirle tranquilidad con la mirada, esperando que fuera lo más correcto posible a pesar de la salida de tono del militar.

—La ufología es mi pasión. Son ustedes los que no han dicho ni una verdad en estos últimos setenta y un años...

La respuesta de Israel dejó en fuera de juego al guía, que no dudó en

tomar de nuevo la iniciativa:

—Mira, niño, no vayas de enterado por la vida. Te contaré lo que realmente pasó con este proyecto, para que así te pueda quedar clara la magnitud de la sarta de mentiras que lees en tu ordenador... Es muy fácil. El coste del prototipo se calculaba en 3,1 millones de dólares y este iba a estar listo en un par de años. Finalmente, así ocurrió. Las malas lenguas dicen que nunca se construyó, pero eso no es del todo cierto. Dos prototipos salieron hacia adelante y los probamos en Roswell en 1947. Uno de ellos sufrió un accidente en la granja de Roswell y provocó un escándalo que no supimos frenar. La velocidad máxima de este aparato era de cuatrocientos kilómetros por hora, pero no llegó a pasar de los cien ni de alcanzar siquiera varios metros de altura. El otro prototipo se estrelló en el lago Roswell y nunca intentamos recuperarlo... Con el lío que se montó en la granja teníamos de sobra. Así que, después de dos unidades fabricadas, más de diez millones de dólares de aquella época tirados a la basura y muchas pruebas, el programa se canceló en los años cincuenta y pasó a la historia. Todo aquello acabó convertido en el mito de los extraterrestres de Roswell, que ya sabemos que ha acabado transformando aquella ciudad en un circo mediático acerca de los ovnis. Aquí cada cual se busca el pan como puede...

A Israel le sentó fatal que hablara de su ciudad natal con tanto desdén y desprecio, pero decidió no seguir discutiendo.

—Así que esto ha sido todo, señores. El Área 51 es solo una instalación de defensa en la que se hacían cosas aburridas que no queríamos que nadie más viera. Aquí solo hay pistas de aterrizaje, hangares, piscinas, carreteras, un campo de béisbol... Nada del otro mundo. Ahora vamos a mostrar a todo el que quiera que los conspiranóicos han estado atribuyendo a maniobras del Gobierno estadounidense lo que no eran sino una gran cantidad de falacias y mentiras. ¿Alguna pregunta?

—¿Me dirá usted, entonces —intervino Puchol—, por qué crearon el mito del Área 51 al que tanta rentabilidad le ha sacado la ufología comercial? ¿Por qué han permitido ese muro de silencio desde Washington?

—Obvio, querido profesor. En este lugar nuestro país ha probado sus más sofisticados aviones: desde el U-2 hasta el B-2, pasando por el SR-71 y el F117-A. Era trabajo clasificado. Apostamos por la investigación, pero hemos pasado épocas de tensiones internacionales, como el final de la Segunda Guerra Mundial o la Guerra Fría. Por eso ahora apostamos por la transparencia y de ahí que hayan sido testigos de esta primera visita. Hoy, aquí, empieza una

nueva época.

Los aplausos no se hicieron esperar, aunque Israel y el profesor no se animaron a ello. Tras despedirse del Área 51, César Puchol se dirigió a su alumno y le preguntó qué le había parecido la visita.

—Ha sido una pantomima. Te puedo asegurar que ese no era el ovni que apareció en Roswell... —sentenció.

**Roswell, Nuevo México. Sábado, 29 de junio de 2019**

Como Adriana siguió protestando, el castigo se prolongó todo el fin de semana. El sábado lo pasó refunfuñando como una auténtica olla exprés, implorando justicia divina, y para colmo se negó a comer las lentejas de su madre. Cuando la situación en el almuerzo era insostenible, salió corriendo cabreada y pegó un portazo, no sin antes recibir la amenaza de que esa misma comida sería su cena. En esa santa casa no se tiraban alimentos a la basura. ¿Dónde estaba Israel cuando más le necesitaba?

Así pasó gran parte de la tarde, hasta que Currito subió disfrazado de Capitán América.

—¿Puedo pasar? —preguntó temeroso.

—¿Qué quieres? —Adriana no reaccionó bien a la visita.

—Este también es mi cuarto. Como no me dejes entrar bajo a llorar con mamá.

—Anda, anda... Pasa —refunfuñó.

Currito se acomodó en el escritorio, delante del ordenador. Un Funko de Luke Skywalker cayó al suelo. Era imposible que se quedaran todos en su sitio con esa ingente colección de muñecos cabezones. Adriana lo recogió enojada.

—¿Hoy no vamos a ver una peli?

Adriana resopló.

—No tengo ganas. Estoy leyendo un libro.

—¿Qué libro?

—*En el círculo del tiempo*. Es sobre unos chicos que viven en Gran Bretaña y viajan, sin quererlo, al futuro, para encontrarse con una sociedad que ha perdido toda la tecnología pero que vive en paz. Allí todos se entienden. Ahora está en lo más interesante. Parece que hay una amenaza exterior... así que ponte a dibujar. Y no protestes.

Currito obedeció a su hermana y así estuvo cerca de una hora. No dejó de trabajar hasta dejar perfilada una obra de la que se sintió orgulloso, tanto que llamó la atención de Adriana.

Ella se acercó por detrás sin interrumpirlo para descubrir algo... aterrador. Currito se había pintado a sí mismo en el jardín de casa. Tenía un

efecto de rayas encima y parecía que el niño daba un salto tremendo. Arriba se podía ver una especie de platillo volante gigantesco. El objeto era lenticular, morado y con una gran luz naranja en el centro. Una especie de foco de luz señalaba a su hermano. Había tres iguales, uno delante, otro detrás y el último en el medio. Existía otro objeto cerca de la escena, muy brillante, refulgente.

—¿Esto qué es, Curro?

—Lo vi ayer. Por la noche. Y me dieron esto... —afirmó mientras metía la mano en su macuto.

Adriana abrió los ojos como platos y el corazón le dio un brinco. ¡Currito sacó de su maleta la piedra Roswell!

**Roswell, Nuevo México. Domingo, 30 de junio de 2019**

Adriana apenas durmió esa noche. El dibujo de Currito la dejó petrificada. Antes y después de la cena le preguntó mil veces si le estaba gastando una broma. Pero él insistía en que era cierto. Para rematar, tenía en sus manos la piedra Roswell, o por lo menos una copia muy convincente. Aquella piedra tenía poderes. Lo sabían desde que vieron sus extraordinarias cualidades. En cuanto regresara Israel tenían que hacer una reunión de urgencia. Intentó que su hermano pequeño le diera toda la información posible.

—Fue anoche. Había una gran luz verde en el cuarto de baño. Cuando abrí la puerta... no me acuerdo de qué pasó, pero acabé en el jardín y vi esto. Luego ya me desperté en la cama —explicó el pequeño.

—Lo has soñado. Déjate de rollos. Tú eres un cagueta. Si lloras hasta por una araña.

—¡Anoche no tenía miedo!

No podía ser cierto... pero claro, con lo que habían vivido un año antes, ¿por qué no iba a ser posible?

Adriana pidió permiso para subir a la caseta del árbol, donde se celebraban las antiguas reuniones de la Pandilla UFO. Lo primero que hizo fue esconder la piedra Roswell en un baúl. Luego examinó la biblioteca. Allí Israel tenía muchos libros interesantes. Debía encontrar alguno que pudiera ayudarle a comprender qué le había pasado a Currito la noche anterior. Encontró un volumen de un tal John Mack que parecía de una tienda de segunda mano. Una de las muchas reliquias que allí tenían.

Se trataba de un psiquiatra de la Universidad de Harvard que supuestamente había estudiado a secuestrados por los extraterrestres, a los que todo el mundo conocía como «abducidos». Este era uno de los aspectos más populares y curiosos dentro del campo de la ufología, representado por la imagen en la que un ser humano es alcanzado por un rayo de luz proveniente de una nave extraterrestre y absorbido a su interior; una copia calcada de lo que había pintado su hermano Currito.

Había un caso que era el más famoso, por ser el primero en tener notoriedad pública. Mack señalaba una película documental llamada *El*

*incidente UFO* que Adriana no tardó en encontrar por YouTube. La vio hasta el final sin pestañear.

En él contaba su historia una pareja. Regresaban de sus vacaciones conduciendo por una ruta en la noche cuando vieron lo que parecía una extraña estrella que se movía de un lado a otro. Se detuvieron para observarlo y, en un momento, la supuesta estrella se les acercó, por lo que pudieron observar que se trataba de una nave tripulada. En el documental relataban todo lo que se había vuelto común en ese tipo de casos: pérdida de memoria y sensación de tiempo extraviado, posteriores pesadillas y luego la práctica de la hipnosis regresiva para reconstruir los acontecimientos. En las reconstrucciones casi siempre se incluía un recuerdo de criaturas alienígenas y de algunos experimentos y test médicos realizados sobre los abducidos.

Adriana abrió el buscador de Google y encontró algunas de las evidencias de las personas que habían sufrido estas experiencias. La primera era despertar paralizado, sintiendo a una persona extraña o una presencia en la habitación. Nada de eso le había contado su hermano pequeño. Pero sí coincidía con la de haber perdido los recuerdos de un periodo de tiempo y, lo más evidente, porque estaba en el dibujo, ver luces inusuales en una habitación sin saber su procedencia, con la sensación de estar volando en el aire sin saber cómo.

La última de ellas le hizo preocuparse: encontrar cicatrices desconcertantes en el cuerpo. Salió corriendo de vuelta a su casa y se lanzó a mirarle el cogote a Currito. Tras buscar de forma ardua halló lo que tanto temía: una marca. Pero no como había imaginado siempre, en forma de herida. Era una especie de tatuaje de un círculo que contenía dos más en su interior. Muy pequeño. Detrás de la oreja, invisible si no lo buscabas a conciencia.

—¡Dios! ¡Tenemos que ir a hablar con el abuelo!



¿Quién era el abuelo? Pues nada más y nada menos que Carl Brazel. Los niños se habían encariñado mucho con él, gracias a la permisividad de los padres, que agradecían las «atenciones» que el último de los Brazel tuvo con ellos cuando se produjo el accidente de coche enfrente de su rancho. Tanto, que habían acabado por ponerle tan familiar apodo.

¿Pero cómo podía ir Adriana a verlo si estaba castigada? Hizo chantaje emocional a sus padres y no paró de resoplar hasta que a media tarde su madre le ofreció un respiro, una suerte de tregua. Como posaba en la mesa una deliciosa tarta de hojaldre y chocolate recién salida del horno, les preparó un trozo en un táper para que se lo llevara al abuelo. Adriana aceptó con mucho gusto y pidió a Curruto que le acompañara, pues él era el objeto principal de su preocupación.

Tomaron las bicicletas y se presentaron en la granja. Cada día tenía peor presencia, ya sin apenas animales ni recibir cuidados de ningún tipo. El abuelo estaba cada vez más débil y había dado un bajón físico muy importante. Nada quedaba ya de las leyendas urbanas que lo pintaban como un horripilante ogro de otra época.

Llamaron a la puerta, pero no escucharon señales de vida. Estuvieron casi cinco minutos esperando, sin perder la paciencia, hasta que Carl Brazel abrió, apoyándose en un bastón y más demacrado que nunca.

—Dichosos mis ojos... Cuánto tiempo hacía que no os veía el pelo, aunque Dios me haya quitado casi completamente la vista.

Adriana le mostró cerca de su cara la tarta para que la identificara sobre todo por el olfato.

—Huele que alimenta. Pasad, niños. Vamos a merendar y charlamos un rato.

Carl se dio la vuelta y, apoyándose en el viejo bastón, se dirigió al salón principal. Cuántos recuerdos les traía esa casa.

—¿Cuándo vuelve tu hermano Israel? Tengo ganas de hablar con él.

—Viene mañana —contestó la niña sin poder disimular su felicidad.

Cuando se acomodaron, Adriana no sabía cómo contarle lo que le había ocurrido a su hermano. Inició su discurso monotemático de la desaparición de Kery y el criptoterrestre.

—Abuelo Carl... ¿Dónde crees que pueden estar? Hace un año ya. Me acuerdo mucho de ellos.

—Kery y el marciano... ¿no estarán muertos? —intervino Currito.

—¡No vuelvas a decir eso! —le reprendió su hermana.

—Tranquilizaos, niños... —Carl hablaba mientras relamía los últimos restos de su trozo de tarta—. En realidad, no sabemos qué demonios ocurrió aquella noche. Tiene que haber una explicación, pero ojalá supiera con acierto la verdad. Creo que no están muertos. Simplemente tienen que estar en otro lugar, quién sabe si volvieron al sitio de dónde proceden...

—¿Debajo de la tierra? —inquirió Adriana dando por hecho la famosa teoría criptoterrestre.

—Quiero pensar que sí... —replicó él.

—Pero es que... nosotros, la Pandilla UFO, queremos ayudarles. Nos mandaron un mensaje de auxilio...

—Hija... ¿Y crees que esto es tan fácil como cavar un agujero y ver si están esperándonos debajo de la tierra?

Adriana mutó su cara a decepción.

—Quizás sois muy pequeños para entenderlo, pero quién sabe si ellos poseen capacidades mentales para permanecer ocultos... —sugirió Carl.

—¿Pueden controlar si los podemos ver o no? —preguntó Currito curioso.

—No lo sé. Pero ya sea que estos seres sean extraterrestres o nativos de la tierra, solo hay dos posibilidades: si son extraterrestres, pero han existido aquí por más tiempo que la raza humana, entonces serían una raza autóctona, pero si llegaron después deben parecerse más a las hadas mágicas que a los visitantes del espacio. A lo mejor, y no lo sabemos, estábamos equivocados y su tecnología es lo suficientemente avanzada para que sean capaces de hacer cosas que para nosotros son... magia.

—¿Son magos? —sugirió Adriana.

—No, pero lo que pueden llegar a hacer es casi magia para nosotros. ¿Cómo te explicas que desaparecieran delante tus ojos cuando ese maldito militar insertó la piedra Roswell en el platillo?

—Jopé, yo quiero que vuelvan... —se lamentó Adriana.

—Pero... mejor dejemos las cosas tal como están. Además ¡no podemos estar hablando de lo mismo siempre! ¡Es el día de la marmota! —exclamó Carl refiriéndose a la película *Atrapado en el tiempo*, esa en la que el protagonista se levanta por las mañanas siempre en el mismo día.

—Bueno, te habíamos traído la tarta porque también queríamos hablar contigo de otra cosa importante.

—Vaya, el pastel que me he comido tenía precio —terció Carl en tono bromista.

—No, en serio. Mira este dibujo de Currito.

Adriana pidió a su hermano que se lo acercara.

Carl, que ya estaba medio ciego sobre todo del ojo derecho, sacó una lupa del cajón y examinó la ilustración infantil.

—¿Qué tiene esto de novedoso? Este niño no hace otra cosa que ver películas y dibujos animados de ciencia ficción. ¿Qué quieres que se dedique a pintar, princesitas de Disney?

Adriana rio con el comentario, pero luego se puso seria.

—Creo que a Currito lo han abducido. De verdad. Currito, ¿te acuerdas de algo de la noche en la que viste estas luces?

Su hermano negó con la cabeza.

—¿Viste unas luces? —quiso saber el anciano.

—Sí.

—Vaya... ¿Y cómo eran esas luces?

El niño señaló el dibujo.

—No sé si tu hermano se lo está inventando todo o ha tenido una pesadilla. Tiene siete años, tampoco le demos más importancia de la que tiene.

—¿Pues entonces qué explicación tiene que después de esa noche le haya aparecido de la nada esto detrás de la oreja y viniera con la piedra Roswell en sus manos?

Carl acercó la lupa y estuvo más de un minuto escrutando al pequeño Currito.

Luego dejó la lente y suspiró.

—Santo Dios... —dijo conmovido.

—¿Qué pasa? ¡No me asustes abuelo!

Carl Brazel les hizo un gesto para que se acercan y les enseñó su vieja oreja llena pelos.

—Creo que esa marca es exactamente como la mía.

Adriana se tapó la boca, sorprendida.

Los dos hermanos volvieron a casa en cuanto empezó a anochecer. Por mucho que lo intentaron no consiguieron averiguar qué significado tenía ese símbolo perpetuado en las pieles de Currito y Carl. Este último solo dijo que tenía recuerdos vagos de su infancia, pero juraría que lo llevaba desde su nacimiento y que no sabía qué era, y mucho menos quién se lo puso ahí ni para qué. En cierta ocasión, les comentó, supo que se trataba de un diseño de astrolabio, un instrumento astronómico utilizado hace siglos en la navegación y que a principios del siglo xx había aparecido en los famosos círculos de las cosechas que adornaban misteriosamente los campos de los agricultores de Inglaterra. Algunos contaban que todo era una farsa y otros que estaban hechos por visitantes más allá de las estrellas.

Las interpretaciones sobre el astrolabio fueron de lo más variadas; desde un apunte al conocimiento de nuestra civilización hace siglos a un mensaje a través de códigos. El caso es que Currito y el abuelo poseían la misma señal. ¿Sería una marca que ponían solo a los abducidos para dejar constancia de algo? Tampoco tenía ningún sentido que se encontrara con la piedra Roswell. No sabían si era la misma, pero se la debieron entregar en la abducción... o quizás la encontró de casualidad. A lo mejor... Kery y Max no andaban muy lejos.

Adriana estaba conmocionada y apenas tenía apetito, así que volvió a su encierro tras no probar bocado de las aborrecibles lentejas. Su enfado subió de nivel cuando comprobó que sus padres ya estaban preparando las maletas para el viaje y que en cuanto volvieran no iban a darle mucho margen a Israel para que se lo pensara.

Para matar el tiempo y el aburrimiento se puso en la *tablet* un capítulo de la serie *Proyecto Blue Book* que le habían aconsejado y que era adecuada para su edad. La serie le estaba encantando y se basaba en hechos reales recogidos en unos documentos en los que se recopilaban casos de avistamiento de ovnis en los Estados Unidos durante las décadas de los cincuenta y sesenta, con el objetivo de determinar si podían resultar una amenaza para la seguridad del país. Su hermano mayor le aconsejó que tenía que verla porque cada capítulo estaba acompañado de un documental que explicaba los hechos reales en los que estaba basado. Quizás encontrara ahí alguna explicación plausible en el

capítulo sobre Roswell.

Currito seguía a lo suyo, jugando a la consola, tumbado en la cama, hasta que ocurrió algo totalmente inesperado... ¡Un terremoto! El movimiento telúrico hizo entrar en pánico a todos en la casa. Era impactante, tremendo, porque el edificio empezó a brincar y temblar. A Currito le cayeron encima varios libros de las estanterías. No podían caminar derechos porque se bamboleaban. Y eso que solo duró diez segundos, aunque parecieron eternos.

Sus padres acudieron enseguida asustados, pero solo se quedó en eso. Cuando el ambiente se relajó, Adriana miró por la ventana y lo que vio la alarmó. Una enorme luz envolvía el rancho de los Brazel. A pesar de que estaba a media milla, se veía sin problemas desde allí. El fogonazo duró poco tiempo, pero dejó un halo de incertidumbre.

Adriana suplicó ir a ver si Carl Brazel se encontraba bien, pues desde lejos parecía una explosión... que le traía viejos recuerdos. Pero no le dejaron salir tan tarde. Llamó al teléfono fijo del abuelo.

No contestaba.

Se quedó muy preocupada hasta que Carl devolvió la llamada. Quería hablar con ella. Escuchó las palabras del anciano con nerviosismo.

—No temas. Estoy bien... —el abuelo contuvo la respiración hasta que reveló un inesperado mensaje—. Niña, no te lo vas a creer... pero tenéis que venir cuanto antes.

**Roswell, Nuevo México. Lunes 1 de julio de 2019**

A última hora de la tarde, Israel arribó a Roswell tras su decepcionante visita al Área 51. Su padre lo recogió en el aeropuerto y se fundieron en un eterno abrazo. Lo mismo ocurrió cuando llegó al hogar, donde fue recibido como si se hubiera marchado por varias décadas.

Currito mostraba orgulloso en un indicador de la pared cuánto había crecido en medio año con su adorable y blanca sonrisa. Sin embargo, el buen rollo se truncó cuando Mayi le anunció que esa misma semana se irían de vacaciones. Un disgusto para su hijo de dimensiones incalculables.

—Pero, mamá... dentro de dos días, cuando comience el Festival OVNI de Roswell, voy a intervenir en una conferencia junto a varios investigadores. ¡Me ha invitado mi profesor de Cosmología, César Puchol! ¡Es la oportunidad de mi vida!

—¿Y qué hacemos con el viaje? —preguntó el padre, lamentando la precipitada decisión de su mujer.

—¿Lo veis?! ¡Es que no es justo! —vociferó Adriana desde el fondo de la habitación.

—¡Calladita estás más guapa! —le replicó Mayi—. Nadie te ha dado vela en este entierro.

—En serio, mamá. Es un día muy importante para mí. No podéis hacerme esto. Me teníais que haber avisado. Llegar a casa y encontrarse esto así de sopetón...

Israel no podía ocultar lo decepcionado que estaba.

—Tu madre quería darte una sorpresa —se excusó su padre.

—¡Pues qué acierto! —añadió Adriana en tono jocoso.

—¡¡Adriana!! —bramó Mayi, mirándola de soslayo.

—Se me ocurre una idea. Que Israel en un principio no vaya al viaje y después del festival se venga con nosotros —decidió el padre.

—¡No! ¡Yo me quedo con él! —exclamó su hermana, que se puso colorada como un tomate.

Currito tiró al suelo su escudo del Capitán América y comenzó a llorar como si no hubiera un mañana. Otro que se unía a la causa en contra del viaje. No quería pasar la ocasión de disfrazarse en su festival favorito.

—¡Tener hijos para esto! —se lamentó Mayi.

Así discurrió la discusión hasta que, media hora después, llegaron a un acuerdo *in extremis*. Israel se quedaría con Adriana y Currito, pero bajo la supervisión de la tía Maribel, hermana de su madre. A todos les pareció la mejor solución. Tuvieron que cambiar los billetes de ida con algún coste adicional, pero parecía la mejor opción posible y, aunque los padres no estaban para nada convencidos, dieron la guerra por perdida.

Cuando las aguas volvieron a su cauce y el mayor de los hijos ordenó todas sus pertenencias, recibió un extraño mensaje en el móvil. Dijo que tenía que irse un momento, pero Adriana lo frenó. Al oído le dijo que tenía que contarle algo muy importante.

Israel le contestó que esperara un rato, ya que tenía un asunto pendiente.

¡Ralph lo estaba esperando en la casa del árbol! La guarida de la Pandilla UFO.

Israel miró la sala de reunión de la pandilla con nostalgia. Desde que ingresó en la Universidad su vida se había transformado por completo y echaba de menos esas aventuras locas de los exploradores de los misterios del espacio exterior. Al entrar en su morada se encontró con Ralph, que para matar el tiempo ojeaba el libro de Raymond Carpenter, el mismo que un año antes generó la cascada de traiciones por «culpa» de Kery, el pequeño platillo volante.

—¿Cómo has entrado aquí sin permiso? —le dijo Israel de forma cortante. Habían roto relaciones desde que abandonó la Pandilla UFO y, lo peor, poco después intentó robarle el platillo.

—¿Te devolví alguna vez las llaves, amigo? —contestó Ralph.

—Borra la palabra amigo de tu vocabulario, al menos cuando hables conmigo. No sé qué haces aquí ni qué es lo que quieres. Dejaste claro que ya no querías formar parte de la Pandilla UFO y, sobre todo, demostraste que no puedo confiar en ti.

—Si te refieres a lo que pasó en aquel callejón junto a Damián... lo siento, tío. ¡Estaba desesperado! Mi padre me tenía amargado con las notas. Además, ya he pagado por ello repitiendo el curso y quedándome en este aburrido pueblo un año entero, solo como la una. Tengo que confesarte que te he echado mucho de menos. No sé cómo podría demostrarte que puedes volver a confiar en mí...

—¿Crees que para mí fue agradable todo lo que pasó?

—Yo fui el que se llevó la peor parte.

Ralph se señaló con el dedo una cicatriz en la boca y una marca en la mano.

—No quería hacerte daño, pero nos atacaste con una navaja y yo tenía a dos críos bajo mi responsabilidad.

—Sabes que no soy un navajero. Jamás os hubiera hecho daño. Tenlo por seguro. Era solo para acojonaros.

Israel lo miró con desconfianza.

—¿Sabes que este tipo ha escrito un libro sobre lo que vivió aquí el año pasado en el Festival OVNI de Roswell y alguna que otra parida que dice será una conmoción pública para esta ciudad? —le anunció Ralph, intentado zanjar



el tema de sus desavenencias.

—Lo que haya escrito ese farsante me importa un pimiento. Seguro que se lo ha inventado todo. Además, él no vio nada de lo que realmente ocurrió.

—¿Y no me lo piensas contar? —inquirió Ralph mientras le entregaba el libro con desgana.

—Todavía me tienes que demostrar que puedo volver a confiar en ti. No vayas tan rápido —le advirtió Israel antes de quitar el polvo de la obra de Raymond. Se arrepintió en seguida, cuando empezó a toser.

—Madre, aquí hace falta una buena limpieza. ¿Podría empezar a ganarme tu confianza si te ayudo a poner un poco de orden en este estercolero? —sugirió Ralph en plan conciliador.

De repente la puerta se abrió de par en par e irrumpió Adriana totalmente fuera de sí. Todo un clásico.

—¡No podemos esperar más! ¡Tenemos que ir al Rancho Foster ya! ¡Carl tiene algo muy importante que contarnos! ¡¿Y si resulta que...? —Adriana se quedó muda de inmediato en cuanto cayó en la cuenta de que estaba presente Ralph.

—Sigue hablando... Ahora que parecía que ibas a contar algo interesante —le replicó el amigo de su hermano.

—¡¿Qué haces aquí?! ¡Fuera! ¡Ya no perteneces a la Pandilla UFO! —bramó ella.

—Pues tu hermano me había invitado a reingresar en el grupo... —mintió él.

—Eh, colega, no te emociones. Tampoco he dicho eso... —contraatacó Israel.

Adriana suspiraba enfadada sin saber qué decir.

—Vuelve a casa. Luego hablamos —le ordenó Israel.

Ella le hizo caso con desgana y se fue echando humo.

—Vaya carácter que se gasta la niña. Ha crecido mucho desde la última vez que me mordió como un animal —dijo Ralph.

—Un respeto, que es mi hermana... Si vuelves algún día a la pandilla tendrás que hacerte a la idea de que ella es una más.

—¡Ostras! Ya veo que te estás ablandando.

—Ni mucho menos. Para volver a la nómina del grupo tendrás que demostrarnos que eres de confianza, y te aseguro que no la ganarás de un día para otro.

Ralph se movió por la estancia y volvió a coger el libro de Raymond. Lo

señaló.

—Bueno... ¿Me vas a contar qué es lo que pasó con aquel supuesto platillo volante y qué ocurrió con este tipo el año pasado?

—Estás de suerte —le anunció Israel.

—¿Y eso?

—Porque mañana voy a hacerlo público en una conferencia.

**Martes, 2 de Julio de 2019**

Israel y Ralph pasaron el resto de la tarde del lunes limando asperezas y poniéndose al día. Conforme iban pasando los minutos el ambiente entre ellos era más relajado y volvía a florecer aquella vieja amistad que nunca debió romperse. Israel volvió a casa tan tarde que Adriana ya estaba durmiendo, así que no pudo hablar con ella para aclarar cuándo irían al Rancho Foster para averiguar qué les tenía que contar Carl. De todos modos, por muy importante que fuera, tendría que esperar al menos hasta que terminara la conferencia con Cesar Puchol y Raymond.

Esa noche durmió fatal porque le invadía la inquietud y no podría dejar de darle vueltas a la cabeza. Imaginaba cómo sería su intervención y el revuelo que podrían ocasionar sus palabras... o no. Lo mismo todo el mundo se reía de él y no lo tomaban en serio. Esa posibilidad le agobiaba. Hacer el ridículo no estaba entre sus planes. Ya el año pasado le había pasado algo similar. No fue plato de buen gusto.

Por la mañana, el despertador sonó y se clavó en su oído como un martillo. Si por él fuera probablemente hubiera dormido hasta el mediodía. Mucho cansancio acumulado con tanto viaje. Pero no había tiempo que perder. Desayunó de forma apresurada y casi se atragantó con la tostada de mantequilla. Para colmo de males sus padres andaban de un lado para otro muy ajetreados con los preparativos del viaje. Esa misma tarde-noche cogían el avión, así que se despidió de ellos hasta que se reencontraran en unos días.

Un claxon lo sacó de su ensimismamiento. César Puchol lo estaba esperando fuera en un automóvil de alquiler, con una sonrisa de oreja a oreja, consciente de que había llegado un gran día para ambos. Israel se lo presentó a sus padres, pero no tardaron en dirigirse a Roswell.

Allí les esperaba el Museo Internacional Ovni, situado en un antiguo teatro y fundado en 1991. Su finalidad principal era ofrecer información y visitas turísticas sobre extraterrestres, platillos voladores, abducciones y todo lujo de detalles del famoso incidente de Roswell, la gran joya de la corona de la ciudad.

Llegaron bastante temprano. Apenas había gente esperando para la

conferencia. Los recibió el director y el alcalde de Roswell, que harían los honores en la presentación. César Puchol se acomodó para organizar los papeles de su exposición mientras Israel esperaba ansioso el encontronazo con el escritor. Pero este no aparecía.

Media hora después, el estrado estaba abarrotado y no cabía ni un alma. Al fondo estaba Ralph que le sonrió con complicidad. pero Israel tragó saliva al ver que a su lado estaba su padre, Aiden de la Cruz, que lo miraba con gesto serio. Se sintió incómodo con la situación. Si contaba la verdad... no le hacía gracia que allí estuviera uno de los protagonistas del suceso, que precisamente no les había echado un cable sino todo lo contrario. No estaba muy convencido de que su amigo fuera un fiel aliado. Sospechaba que podía ser un altavoz de su padre y, por ende, del Ejército y las Fuerzas Aéreas de EE. UU.

Cuando faltaban escasos segundos para empezar el evento, llegó en honor de multitudes el escritor Raymond Carpenter, que se ganó un sonoro aplauso. ¡Qué injusticia! ¡Aquel bastardo mentiroso seguía alimentándose de una gloria que no merecía! ¡A saber qué falsedades haría públicas cuando hablara de su nuevo libro!

Raymond saludó diligente a César y luego se dirigió a Israel con una mueca socarrona y le estrechó la mano. Al principio dudó si aceptar el gesto, pero al ver que todo el mundo lo estaba mirando hizo de tripas corazón y le ofreció la suya. Raymond no dudó en apretarle con firmeza en señal de advertencia y amenaza. Después de eso, el alcalde, Dennis J. Kitingh, dijo las primeras palabras:

—Muchas gracias a todos por asistir, queridos vecinos de Roswell y visitantes de todo el mundo. Nuestra vigésimo cuarta edición del Festival OVNI es ya célebre en todo el mundo y nadie que visita Nuevo México duda en venir hasta nuestra cálida ciudad para visitarnos. Estamos desbordados por las peticiones, que aumentan cada año, para ver nuestra feria y solo podemos expresar nuestro eterno agradecimiento. Sin más, damos por inaugurados los actos previos de los días del festival que, como ya sabéis, en este año 2019 empezará el martes 2 de julio hasta el día 7. Esta vez, al caer en fin de semana, tenemos todas las plazas hoteleras ocupadas. ¡Va a ser un gran fin de semana para Roswell!

El público presente arrancó a aplaudir de forma espontánea.

Siguió el discurso del director del museo para presentar a los conferenciantes. Mirando una cartulina como chuleta, los nombró uno a uno. Así, Cesar Puchol bebió un poco de agua y comenzó su intervención. Israel

aguardaba, sabiendo que pronto sería el momento de revelar el gran secreto que llevaba atesorando durante el último año.

—Buenas tardes a todos —saludó el profesor Puchol—. Voy a exponer mi postura y, sobre todo, intentaré responder a la pregunta del millón: ¿Por qué los extraterrestres no responden los mensajes de la Tierra? Todos sabéis que la organización METI de San Francisco lleva desde hace tiempo intentando contactar con extraterrestres a través de la emisión de mensajes, pero estos siguen sin responder. La verdad es que en realidad buscamos algo que no sabemos si existe.

—Perdóneme que le interrumpa, querido profesor Puchol. Sería conveniente que explicara qué tipo de mensajes son esos —le dirigió el director. César asumió la omisión y rectificó.

—Bien. Gracias por la observación. Aclaremos que se usan técnicas como las frecuencias de radio, los rayos láser o los objetos artificiales en órbita frente a las estrellas, como las esferas Dyson. No hay respuesta aún, al menos conocida, por parte de ninguna inteligencia extraterrestre. Pero claro, ustedes se preguntarán: «Si la formación de la Tierra fue hace 4650 millones de años y apenas llevamos 40 investigando esto... ¿no es demasiado pronto?».

—Sabes, querido César, que tenemos ya evidencias. Lo que dices es una falacia. Y, el Ejército y la NASA poseen todas las pruebas.

—¿Están contrastadas? No podemos dejarnos llevar por puras especulaciones. Yo hablo desde la posición de la ciencia y hasta ahora no hay ninguna señal que hayamos obtenido de origen extraterrestre. Pero, a pesar de todo, soy firme defensor de la existencia de vida fuera de nuestro planeta, lo cual no implica que nos tengan que contestar como si hiciéramos una llamada telefónica.

Israel se mantenía callado. Su intervención estaba prevista después de Raymond Carpenter.

—Después de 2014 —prosiguió César—, hemos descubierto muchos exoplanetas fuera del sistema solar, como el llamado Kepler-186f, considerado prácticamente un primo nuestro, que está en la zona habitable de su estrella, allí donde la temperatura permite la presencia de agua en estado líquido, cuya presencia, como ya conocen, es indispensable para la vida. De ello ya dio buena cuenta el primer filósofo de la historia, Tales de Mileto, y no le faltaba razón. Pero hay muchos más exoplanetas, y cada día descubriremos

más.

—Lo cual implica —intervino Carpenter— que la aparición de la inteligencia en la evolución no es un simple accidente aislado propio de la Tierra sino una especie de norma.

—Pero hay otros muchos científicos que creen lo contrario, es decir, que la aparición de la inteligencia es más bien el resultado de varias circunstancias que difícilmente se podrán reproducir. Esto es hasta cierto punto posible, pero lo que yo creo es que, dada la avanzada edad del universo, es muy probable que miles de civilizaciones hayan podido nacer y vivir durante otros tantos miles de años... solas. Creo que hay vida inteligente ahí fuera, pero puede estar tan lejos que no hay posibilidad de comunicarnos con ella o bien todas las civilizaciones están destinadas a progresar hasta autodestruirse y por eso no hay contacto entre ellas. Se trata más bien de una cuestión de tiempo y azar. Son muchas incógnitas y esperamos que dentro de unos años podamos revelar nuevas evidencias.

La gente aplaudió antes de que Raymond comenzara su discurso.

—No puede decirse que su disertación no sea brillante, profesor. Sin embargo, creo que no podemos pasar por alto que existen esas claras evidencias. Déjeme que le explique un desconocido caso dentro de la ufología internacional que tiene que ver con algo que ocurrió y ha empezado a ser una epidemia a nivel mundial. Nuestra historia comienza hace mucho ya, el 25 de agosto de 1972, en la zona de Kera, situada en la prefectura japonesa de Kochi, más concretamente en la ciudad de Sjikoku. Una tarde, un joven estudiante de trece años, llamado Michio Seo, de regreso a casa, creyó ver lo que era una bola de fuego. No tardó en percatarse de que se trataba de un pequeño objeto metálico que flotaba a un metro de altura. El artefacto tenía forma de sombrero, con una base plana y de color plateado, y se movía dando vueltas. Tras muchas intentonas, el niño pudo capturar el diminuto ovni.

Israel lo miraba atento. ¡Estaba contando una historia muy similar a lo que habían vivido con Kery! Después de todo quizás Raymond Carpenter venía a contar algo realmente jugoso esta vez.

—Tras esto los niños decidieron llevarle el aparato al director del centro de enseñanza de las ciencias de la ciudad, el señor Mutsuo, que realizó un pequeño análisis de la pieza. Llegó a la conclusión de que el platillo volador tenía quince centímetros de ancho y casi siete de altura con apenas kilo y medio de peso. Pero lo más curioso de todo, señores, es que el objeto en su base tenía una serie de líneas concéntricas, además de treinta y un pequeños

agujeros y tres extravagantes diseños que no supieron descifrar, aunque parecían representar ondas o nubes, un pájaro o una especie de «objeto volador», y algo que bien podía interpretarse como una flor.

Un asistente interrumpió al señor Carpenter.

—¿Está usted describiendo el mismo artefacto que nos mostró en la presentación del anterior festival y que salió disparado como alma que lleva el diablo? ¿Insinúa que es el mismo tipo de aparato y que, por tanto, este mismo caso se repitió aquí en Roswell?

Raymond se aclaró la garganta antes de contestar.

—No lo insinúo. Lo afirmo —declaró solemne mientras cogía un ejemplar de su nuevo libro, que aún no había mostrado al personal. Lo puso encima de la mesa. El título resaltaba sobre un fondo azul con varios platillos diminutos: *El gran secreto de Roswell y otros misterios de la ufología*, junto con un subtítulo largo que rezaba: *Crónica de una oleada de avistamientos con un gran mensaje para la humanidad*.

La gente exclamó curiosa y empezó una retahíla de cuchicheos. Carpenter lo atajó dando un nuevo aviso:

—De los contenidos del libro les hablaré más adelante, y tendrán la posibilidad de adquirir un ejemplar firmado en este mismo festival a partir del 5 de julio, que es el día de publicación oficial. Ahora, cambiando el tercio, estoy seguro de que nuestro último conferenciante, el alumno Israel, puede contarnos muchas cosas interesantes de lo que vivió el año pasado cuando encontraron el platillo volante que les mostré. El caso Kera se repitió en Roswell y lo más interesante es que no son solo dos casos aislados. En mi libro les constato cómo se ha ido repitiendo en diferentes lugares del territorio de EE. UU. con las mismas premisas y el mismo mensaje. Seguro que él os puede contestar mejor que yo.

Raymond giró la cabeza para, con un ademán, dar paso a Israel, que se quedó mudo durante un momento. No podía imaginar que su historia fuera a ser un refuerzo de una teoría del traidor Raymond Carpenter. Justo en ese preciso instante el vibrador de su móvil le anunció una llamada de Adriana, pero en aquel escenario no le pareció adecuado cogerlo, así que lo dejó pasar. Ya la llamaría cuando finalizara todo. Porque era la hora D y había llegado el momento de contar toda la verdad...



¡Adriana no aguantaba más! Se negaba a esperar a que Israel volviera de su discurso. Su paciencia tenía un límite, así que convenció a Currito para que cogieran las bicicletas y fueran ese mismo mediodía al Rancho Foster para que el abuelo les contara qué era aquello tan importante. Se esperaba cualquier cosa, buena o... mala.

Al llegar a la puerta de la granja dejaron las bicis en la entrada. Soplaban un viento huracanado que levantaba la arena del desierto en grandes remolinos. Con dificultad, avanzaron hacia la puerta y pegaron con fuerza al llamador. Resultaba muy desagradable permanecer allí, a expensas de la climatología. Observaron que el viejo Carl había recuperado el afán por la ganadería y en el último año consiguió criar algunas ovejas y vacas, pero no era nada para lo que había sido aquello.

Carl les abrió las estancias de su humilde morada y los invitó a entrar. Luego cerró la puerta a cal y canto. Cada día le costaba más trabajo sostenerse en pie. Quizás ya empezaba a decir adiós a este mundo. La pérdida de la vista tampoco ayudaba a dar mejor impresión. No se anduvo con rodeos.

—Bajemos al sótano... Tengo algo muy importante que enseñaros. Por cierto, ¿y tu hermano mayor?

—Mañana vendrá a verte. Está en una conferencia en el pueblo. Creo que va a anunciar la verdad sobre lo que ocurrió.

—¿Qué dices?

—Sí, creo que es algo que debe saber todo el mundo.

—¡Vamos a ser famosos! ¡Seguro que hacen una serie de televisión sobre nosotros! —vitreó Currito.

—¡Diablos! ¡No! ¡Justo ahora no! —exclamó Carl, saliendo de su debilidad y letargo.

—Pero ¿qué pasa? ¿No quedamos en que es bueno que la gente sepa la verdad y podamos tomar medidas en el futuro? —preguntó Adriana confundida. Cuando eso ocurría no sabía esconder sus típicas muecas.

—Bajad por aquí y tendréis la respuesta.

Siguieron su consejo. El sótano estaba totalmente oscuro.

¡El abuelo tiró de un cordel y la iluminación de la bombilla les reveló la

sorpresa más inesperada!

## Biblioteca de Roswell

Solo ante el peligro. Así se encontraba Israel frente al inmenso público que abarrotaba el salón. Raymond Carpenter le había dejado en claro fuera de juego. Para romper su nerviosismo decidió comenzar echando balones fuera y redirigiendo la pregunta de nuevo al escritor.

—Buenas tardes a todos. Me llamo Israel. Soy natural de Roswell. Estoy seguro de que me conocéis de vista, aunque este año he comenzado mis estudios universitarios y me encuentro fuera del pueblo. Antes de empezar querría saber a qué se refiere el señor Raymond cuando habla de que este avistamiento de Kera se está repitiendo en otros lugares y si saben qué es lo que ha podido averiguar.

—Todo está en mi libro. Y el día 5, con la finalización del Festival OVNI podréis averiguarlo. Solo puedo adelantar lo que ya sabemos, que el ejército está intentando ocultar todas las pruebas y testimonios y que está ocurriendo en muchos lugares de EE. UU. Todo coincide en el tiempo y, pese a las dificultades, algunos datos he podido recabar. Y alguna que otra sorpresa que no esperáis y os afecta de forma directa a los habitantes de Roswell — contestó él.

Desde atrás se escuchó un estruendo. Alguien se había levantado de golpe tirando su silla y gritó como un poseso.

—¡Ese señor miente! ¡Es un impostor! —Aiden de la Cruz estaba fuera de sí. Ralph intentó tranquilizar a su padre, que a duras penas se sentó. Su cara irradiaba furia.

Raymond Carpenter observó el escándalo, se colocó bien las gafas e hizo caso omiso.

—Les emplazo a que a finales de esta semana averigüen por sí mismos lo que les relato leyendo mi libro. Habrá un *stand* para comprarlo y firmaré ejemplares con mucho gusto —insistió, autopropagándose.

—No sé qué nos contará el escritor en su libro —intervino Israel—. Lo que sí puedo corroborar es que, efectivamente, nosotros encontramos un pequeño platillo volante como el descrito y que el mismo Carpenter nos lo robó para exhibirlo delante de vosotros. Pero como todo el mundo sabe hizo el ridículo cuando se le escapó en plena presentación. Sí, y es verdad que el

ejército estuvo interesado en el artefacto, que parecía que tenía algo que ver con la famosa piedra Roswell. De hecho, esta última encajaba perfectamente en la base del plato volador.

La gente se miraba atónita.

—Pero lo más importante fue lo que encontramos en el Rancho Foster...

—¿El qué? —preguntó el profesor intrigado.

Israel dudó. Volvió a notar que las llamadas de su hermana Adriana no cesaban. Así que antes de contar la gran noticia apagó el móvil. Estaba muy nervioso y el vibrador lo estaba sacando de quicio.

—Lo que les voy a contar es cierto y verídico. Aunque alguien pueda creer que me lo estoy inventando, os puedo asegurar que ocurrió hace exactamente un año.

Aiden de la Cruz se levantó con los ojos fuera de órbita y le lanzó una mirada asesina.

—Allá va. Encontramos algo increíble en el Rancho Foster...

—¡Kery! ¡Max! —exclamó Adriana. Casi le da un patatús.

Corrió a abrazar al criptoterrestre. Pronto notó que se encontraba muy débil. Su mano esponjosa y resbaladiza le trajo reminiscencias del año pasado. Era como tocar la piel de un sapo. Le daba un poco de grima, pero aquel ser destilaba tanta ternura que no podía pensar en otra cosa que conectarse con su piel. No le transmitió ningún mensaje como la última vez. Parecía pálido y sin fuerzas.

Currito, sin embargo, acudió al platillo volador que estaba tirado en el suelo, sin actividad. Parecía ya irremediablemente averiado. No tardó en ponerse a llorar como era habitual en él cuando las cosas no salían como esperaba.

—¿Cómo han aparecido aquí de repente? —preguntó Adriana.

—Fue hace dos días. Un estruendo me despertó. Como si fuera un movimiento sísmico —aclaró Carl.

—¡El terremoto! Sí, entonces... ¡Ocurrió cuando vimos unos destellos de luz que venían de la granja! —dedujo la niña.

Currito seguía abrazando a Kery, sollozando.

—Aparecieron en el sótano de repente. No sé qué diablos ha podido ocurrir. ¡El caso es que están aquí! Tenemos que cuidarnos. Esto no puede saberlo nadie, niña, por ahora. Vendrán a por ellos y correrán la peor de las suertes. Seguro que acaban en el Área 51 o en alguna base secreta. No podemos permitir que nos lo arrebaten.

Adriana tragó saliva. Cayó en la cuenta de que su hermano había decidido hacerlo público porque ella misma se lo rogó.

—¡Tengo que irme! ¡Es urgente!

—¿Dónde vas? —inquirió Carl.

—¡Ya se lo explicaré! ¡Mi hermano se lo va a contar a todo el pueblo! ¡No saben que han vuelto! ¡Tengo que detenerlo... si no estarán perdidos! ¡Vendrán a buscarlo hoy mismo! —Adriana soltó la mano del criptoterrestre y enfiló las escaleras para salir corriendo a su casa.

—Abuelo, cuide de Currito mientras yo intento hablar con mi hermano antes de que meta la pata —insistió la niña antes de irse.

A Carl apenas le dio tiempo a reaccionar y Curro se quedó boquiabierto,

no sin olvidar el disgusto de que su platillo era un trasto inútil.

Adriana cogió la bicicleta y pedaleaba con más fuerza que nunca. Las pulsaciones se le dispararon, pero le daba igual, tenía que hablar con Israel antes de que lo hiciera público. Cuando llegó a casa, sus padres estaban cargando el coche para marcharse al aeropuerto.

—¡Por favor, mamá, acércame antes al museo! ¡Quiero ver la conferencia de Israel!

—Vamos a ver... ¿No estabas con Currito? —preguntó el padre desconcertado.

—Se ha quedado jugando a la PlayStation en la casa de su amigo Hugo. Luego iremos a recogerlo... ¡Pero venga, arrancad ya que llegamos tarde!

—¡Pero niña, a qué viene tanta prisa! ¡Espera cinco minutos a que dejemos el equipaje bien preparado! —replicó su madre Mayi.

—¡Jopé! ¡No me hagáis esto!

Terminados los preparativos el coche arrancó. Adriana no dejaba de meterle prisa a su padre y no paraba de llamar al móvil de Israel, pero este no respondía.

Cuando llegaron a su destino, Adriana se despidió de forma abrupta y corrió hacia los dos guardas que custodiaban la entrada del museo. Ellos la frenaron en seco.

—¡Alto ahí, niña! El aforo está completo. Tenemos órdenes de que no entre nadie más —dijo uno de ellos, muy borde.

—¡Déjenme pasar, por favor! Un conferenciante es mi hermano mayor y tengo que decirle algo muy importante.

—Vete a jugar al parque. No molestes más —amenazó el otro, que parecía un mastodonte.

Adriana no se lo pensó y pegó un brinco esquivando al primero de los guardas. El otro se abalanzó hacia ella, pero por suerte consiguió pasar entre sus piernas. Tras superar los dos obstáculos se lanzó a correr desesperada para entrar en el museo. Los dos gorilas, esclavos del gimnasio y, por tanto, con escaso brío y velocidad, la perseguían, pero no podían ir al ritmo de Adriana, que era una deportista de primera categoría. Por algo había ganado varios campeonatos de triatlón.

Ya en el museo, giró a la izquierda. Pero fue una mala decisión. La entrada del salón de actos estaba en la dirección contraria. La ley de Murphy no fallaba, así que se escondió en un platillo volante bastante grande que se exponía en una de las salas. No tardó en entrar uno de los guardas con un

cabreo de aúpa.

—Busca por aquí. ¡Cuando pillemos a esa niñata va a saber lo que vale un peine!

Adriana notaba el corazón a mil por hora. Ya por entonces, al intentar una última llamada a su hermano, descubrió que él tenía el móvil apagado. El hombre escuchó un ruido mientras Adriana se guardaba el teléfono. ¡Estaba atrapada en un atolladero!

—¡Ya te tengo, gatita escurridiza!

Ella saltó, el ovni de exposición cayó al suelo y volvió a salir corriendo, esta vez hacia la derecha, buscando la entrada del salón donde se estaba celebrando la charla. Parecía que no llegaba el momento, pero por fin lo consiguió. Abrió las puertas de par en par y todos los asistentes se giraron sorprendidos. Ella gritó:

—¡Israel, no!

Adriana irrumpió en la sala e Israel se frenó en seco. Ella corrió hasta él.

—¿Qué leches pasa? —preguntó su hermano entre el enojo y cierta preocupación.

—¡No digas nada, por favor! —le suplicó al oído.

—¿Qué ocurre? Adriana, pero si tú fuiste la que querías que hiciera esto. Cálmate, por favor.

—No cuentes nada, hazme caso —le rogó entre lágrimas.

—Me vas a tener que dar una buena razón luego. ¡Voy a quedar en ridículo!

—Miren... Ya ven que el niño venía a contar milongas. Si quieren saber lo que ocurrió les espero en mi firma de libros. No ha sido una buena idea la de invitar a uno de los imberbes de su alumnado, profesor Puchol —afirmó socarrón el escritor.

—Hijo de... —Israel no pudo contener la rabia tras aquellas palabras, que lo habían dejado en evidencia delante de todo el mundo.

—Siento que esto haya acabado así. Sin embargo, podemos continuar debatiendo el tema en la antesala. Hemos preparado unos aperitivos con comida típica de Roswell que espero sea de su agrado. ¡Muchas gracias a todos por asistir y siento las molestias por este abrupto final! —finalizó el director del museo.

La gente se dispersó. Hablaban entre ellos en corrillos. Y, cómo no, otros ya se habían lanzado a las mesas llenas de comida. Empezaron a servir cervezas, vinos y refrescos.

Israel cogió del brazo a Adriana y la abroncó. El profesor Puchol, mientras tanto, hablaba con Raymond Carpenter.

—¿Cómo se te ocurre hacerme esto delante de todo el mundo? ¡Voy a ser el hazmerreír del pueblo! ¿No decías que teníamos que dar a conocer a todo el planeta la noticia?

—Te lo contaré cuando lleguemos a casa. ¡Confía en mí! ¡Jopé, aunque solo sea esta vez!

A Israel ya no le quedaban ni ganas de probar bocado a pesar de que tenía a su disposición los mejores manjares de raíces mexicanas, como enchiladas, tamales, pototos, posole, guacamoles y chili verde. Además, casi todos lo



miraban de forma despectiva, sin darle importancia. El papelón al que le había abocado su hermana le había pasado factura.

Intentó olvidarse del tema probando un pastel de lasaña cuando se acercó Ralph para consolarlo. Sin embargo, lo acompañaba su padre, con aspecto demacrado y de dejadez. Este no dudó en darle la puntilla.

—Menos mal que tu hermanita es mucho más prudente. No sé qué pretendías, chaval. ¿Contarle todo tipo de detalles de lo que ocurrió hace un año cuando desaparecieron ese platillo volante y la piedra Roswell? —le dijo bastante enojado. Arqueaba las cejas lleno de rabia.

—Papá, deja tranquilo a mi amigo de una vez...

Aiden le clavó la mirada a su hijo y este tragó saliva. Sabía que por su bien debería callarse.

—Algo me dice que, a lo mejor, quizás, no vi todo lo que allí pasó. Todavía me pregunto qué parte de la película me perdí. Y si tenéis guardado en algún lugar el artefacto, la piedra y quién sabe si algo más...

Israel le mantenía la mirada sin entrar al trapo. Y de repente un apoyo inesperado llegó para lidiar entre ellos. Raymond Carpenter, con una copa de vino y una pipa.

—¿De verdad, Aiden? ¿Aún no has superado aquello? Admite que llevas un año de baja y no sabes de la misa, ni la mitad. Tus compañeros han averiguado bastantes más cosas. Y lo que no te han contado. Ni te informarán. Supongo que ya eres inútil para ellos.

A Raymond no le dio tiempo a terminar de hablar. Aiden de la Cruz apartó a su hijo de un empujón y le propinó al ponente, sin pensarlo dos veces, un contundente puñetazo en la sien. Raymond Carpenter se desplomó al suelo y perdió el conocimiento. Varias personas acudieron a detener al militar, que tenía intenciones de rematarlo allí mismo sin ningún tipo de escrúpulos. Estaba fuera de sí y profería insultos al cielo, maldiciendo a todo lo que se podía mover.

No tardó en llegar el sheriff, que se llevó a Aiden para la comisaría, y Raymond fue traslado a las urgencias del hospital. El simposio de la inauguración del Festival OVNI de Roswell de 2019 quedó manchado para siempre por este lamentable suceso.

César Puchol acercó a los niños a su casa tras aquel esperpéntico desaguisado. Se despidió de ellos, aunque Israel insistió en que volviera al día siguiente para que almorzaran en casa. Seguro que a su tía Maribel no le importaría. Así también podría visitar la guarida de la Pandilla UFO. Al profesor aún le quedaban unos días en Roswell y su pupilo presentía que iba a ser de gran ayuda para seguir investigando los misterios aún por resolver.

—No sé si podré venir mañana. Tengo algunos asuntos pendientes, pero te llamaré en cuanto tenga un hueco. Quiero que me cuentes todo eso de la Pandilla UFO. ¡Es muy interesante!

César se despidió.

Su hermana Adriana guardó silencio durante el trayecto y no soltó prenda sobre lo que había visto. Al despedirse del profesor y cuando ya se quedó sola con su hermano, despertó de su letargo.

—¡Tenemos que ir ya al Rancho Foster! ¡Allí están Max y Kery! ¡Han vuelto a aparecer como por arte de magia! ¡Te juro que es verdad!

—¿¡Qué dices!? ¡Me lo sueltas así de sopetón? ¿Estás de broma? ¿Por qué no me lo has dicho antes? Por eso me has interrumpido... ahora lo entiendo.

—¡Delante de ese profesor no podía decirlo! ¡No podemos fiarnos de nadie!

—Cesar Puchol es de confianza. No tenías que haber prevenido tanto. Además, seguro que nos puede ayudar... Cada día estoy más perdido con este tema. Necesitamos ayuda. Deberíamos poner esto en manos de gente experta para que no sigamos dando tumbos de adolescentes... Por cierto, Currito, ¿dónde está? ¿Con la tía Maribel?

—No. Se quedó en el rancho.

—¡Adriana! ¡Si mamá se entera de que lo hemos dejado solo nos matará! ¡Vamos para allá y sin perder tiempo! Lo que faltaba es que la liemos estando ellos de viaje. ¡Se nos caería el pelo!

Cogieron las bicicletas y en cinco minutos divisaron la casa del abuelo. Empero, algo les hizo frenar sus intenciones. ¡El rancho estaba rodeado de vehículos militares! Varios soldados flanqueaban la puerta y observaban con esmero cualquier movimiento sospechoso. Así que decidieron tomar un

camino alternativo que los pudiera llevar a la parte trasera de la parcela sin ser vistos. Escondieron las bicis detrás de una enorme roca para saltar la decrepita valla que se caía a pedazos. Agachados vieron lo que estaba pasando en el interior a través de una ventana que estaba medio abierta.

Un hombre corpulento arrinconaba al pobre Carl, que tosía de forma intermitente.

—¡Se lo diré por última vez! ¿Dónde ha metido el platillo volador y la piedra Roswell? Varios testigos afirman que aquí, hace dos días, se produjo una explosión de luz que duró varios segundos. No siga diciendo que no ha visto nada, maldito viejo.

—Estoy medio ciego. Por más que quisiera no podría ayudarles. Déjenme en paz. ¿Cuándo van a dejar a mi familia tranquila? ¡Setenta años lleváis haciéndonos la vida imposible! —suplicó el abuelo.

El hombre alto no dudó en abofetearlo. Carl perdió el equilibrio y cayó al suelo de bruces.

Uno de los soldados surgió del sótano. Traía una información vital.

—¡General Nelec! ¡Hemos localizado muestras de la misma masa viscosa que encontramos en Santa Fe, Denver y Cheyenne! Lo mandaremos para analizar, pero estoy seguro de que pertenece a ese ser...

—No sabe usted el peligro al que se expone. No sea mentecato y colabore —le dijo un señor más mayor que parecía el segundo del general.

Carl no reaccionó a la petición.

—¡Encontradlo ahora mismo! ¡Destrozad todo hasta que aparezca! —ordenó Nelec.

Dicho y hecho. Los soldados empezaron a destruir el escaso mobiliario del abuelo que, con los ojos vidriosos, presenciaba cómo su hogar pasaba a ser un estercolero de restos: cuadros en el suelo, muebles con los cajones vacíos y puertas arrancadas.

Israel y Adriana asistían en las sombras al espectáculo con impotencia.

—¡Tenemos que ayudarlo! —exclamó Adriana en un susurro.

—¿Estás loca? ¿Qué podemos hacer nosotros contra ellos?

—¡Eres un cobarde! ¡Ahí dentro puede estar Currito! ¡Si le hacen daño será por tu culpa! —Adriana no podía reprimir las lágrimas.

Israel pensaba que, si Currito estuviera allí, o se encontraba muy bien escondido, o...

—¿Lo habéis escuchado?! ¡Creo que hay alguien ahí fuera!

Los habían descubierto. ¡Estaban perdidos!

Los soldados de Nelec salieron a las afueras para examinar el origen de los ruidos. Peinaron la zona, pero no encontraron nada. Uno de ellos anunció que había dos bicicletas abandonadas, pero como no había nadie alrededor tampoco le dieron mayor importancia.

Luego siguieron desmantelando el rancho hasta que se cansaron de buscar. No encontraron nada. Se marcharon dejando a la granja rodeada de una nube de polvo.

Adriana e Israel salieron de su escondite. Habían estado resguardados varios minutos, para ellos interminables, dentro de la chimenea, colgados con el único sustento de sus manos. Cuando salieron de ella estaban ennegrecidos y les temblaban los brazos. Si hubieran tenido que aguantar un poco más habrían acabado teniendo un accidente o desplomándose dentro de la vivienda. Israel ayudó a Adriana, que no dudó en correr para ver si el nieto de Foster se encontraba bien.

—¡Abuelo! ¿¡Te han hecho daño!?! —Adriana se abrazó a él, incluso sabiendo que lo mancharía de hollín.

—Maldita sea —Carl tosió mientras hablaba—. ¿Cómo sabía esta gente que el criptoterrestre estaba aquí?

—¡Mi hermano no ha contado nada al final! —se defendió Adriana.

—Pero vamos a ver. ¿Lo han capturado? Y lo más importante, ¿dónde está nuestro hermano pequeño?

—¡Currito es nuestro héroe! Se escapó por la ventana con la criatura sin que esta gentuza lo viera. No puede haber ido muy lejos. Espero que no lo hayan visto... ¡Id a buscarlo!

Los dos hermanos no se lo pensaron dos veces y acudieron a rescatar sus bicicletas. Dieron vueltas por los alrededores, pero no lo localizaron. Así que, a toda velocidad, pedalearon de regreso a casa. Al llegar a su destino, irrumpieron en el hogar como elefantes en una cacharrería y su tía Maribel dio un respingo.

—¡Ay! ¡Qué susto! ¿Podrías entrar de otra manera? Por poco me da un patatús. Estoy preparando una buena merienda, un bizcocho de yogur de limón que os va a encantar... pero no me hagáis esto más, que mi corazón sufre.

Adriana la cortó en seco.

—¿Has visto a Currito?

—No... pero creo que está en vuestro refugio ese del árbol. Antes he visto cómo subía con un amigo muy raro. No sé quién es. No llevaba puestas las gafas y de lejos no veo nada. ¡Oye! ¡Estáis llenos de hollín! ¡No tardéis en ducharos luego!

Aliviados, subieron al árbol y, al abrir la trampilla... allí estaba Currito, tan tranquilo con su amigo Max. La criatura se encontraba observando el iPad de la pandilla, sorprendida por la emisión de dibujos animados de *Los guardianes de la galaxia*.

—¡¡Curro!! ¿Cómo lo has hecho?

—Qué guay, mi amigo Max me tocó y corrimos superrápidos. ¡Mis pies no tocaban el suelo e íbamos como un coche del *Mario Kart*!

—Joder, Currito... El ejército te podía haber hecho daño. —Israel respiró tranquilo, pero se giró hacia su hermana—. ¡Adriana! ¡La última vez que lo dejas solo!

—¡Yo no sabía que iba a venir el ejército otra vez!

—Pues a ver qué hacemos ahora con el criptoterrestre. Vaya marrón que tenemos.

A Adriana no le dio tiempo a pensar en ese problema. Cayó en la cuenta de que allí faltaba alguien. Bueno, más bien algo.

—Por cierto... ¿Dónde está Kery?

No había rastro del platillo volante. Currito no lo había cogido. Llamaron al abuelo, pero tampoco sabía nada de él. ¿Y si ese temible Nelec lo había atrapado? Era la hipótesis más plausible. El testimonio del anciano no era fiable, pues apenas conservaba la vista. Quizás tendrían que buscarlo a fondo cuando ayudaran al abuelo a poner orden en su casa.

Adriana tenía un disgusto de aúpa. Pero no pudieron darle mucha comba al problema de la desaparición del platillo volante porque ante ellos tenían uno de mayor calado. ¿Qué hacer con aquel criptoterrestre o lo que fuera realmente?

—Tenemos que dejarlo aquí, en nuestra sede de la Pandilla UFO —convino Adriana segura.

—Esto es una locura. Los militares lo están buscando. ¿Cómo demonios sabían que estaba en el rancho? Yo no di detalles en público. En parte gracias a ti. Menos mal que fuiste a frenarme.

—Pues me debes una —le dijo la hermana. Sacó la lengua en señal de complicidad.

—Ahora tenemos que salir de este embrollo. Hay que proteger a Max. Bajo ningún concepto podemos permitir que caiga en manos de estos indeseables. Y hay que tener cuidado con tía Maribel. Si lo descubre le dará algo y seguro que se lo cuenta a todo el vecindario. Y se acabó para nosotros el Festival de Roswell.

—Por cierto... ¿estamos seguros de que es el mismo ser? ¿Es Max? Lo digo en el sentido de que, ahora que lo miro bien... parece diferente. Como si fuera más parecido a nosotros de lo que recuerdo.

Israel lo examinaba extrañado.

—¡Claro que es él! Cuando apareció en el rancho estaba todo muy oscuro, apenas se veía nada. ¡Estoy segura de que es Max!

Un golpe seco los puso en alerta y atajó la discusión. ¡Alguien estaba subiendo las escaleras!

—¿Quién es? —susurró Adriana desconcertada.

—No lo sé. Tenemos que hacer algo. Es raro porque la tía nunca sube aquí, le dan miedo las alturas. Escondeos con la manta detrás del mueble de las películas. Intenta no moverte y no hagáis ruido.

—¡Claro! ¡Como si eso fuera tan fácil! —se quejó ella. Cogió la mano de la criatura y obedeció, pero sabía que la tarea de mantener la discreción era complicada.

Poco más de cinco segundos tardó en aparecer el intruso... que no era otro que Ralph.

—¿Qué haces tan tarde por aquí? —Israel lo recibió cortante. Esperaba que se marchara cuanto antes.

—Tío, siento el *show* que ha montado mi padre.

—No tienes por qué preocuparte. No pasa nada. —Israel miraba de reojo a la esquina. Sudaba de los nervios—. Yo casi me marchaba, así que ya hablaremos mañana.

—No, espera un momento. Quería contarte algo. ¿Sabes por qué mi padre ha reaccionado así?

—Lo desconozco, Ralph, pero se ha pasado tres pueblos. ¿Dónde está ahora? ¿Durmiendo en la comisaría?

—Ya está en casa. Lo que le vaya a caer dependerá de la denuncia que le ponga Carpenter cuando salga del hospital. Mi padre no ha debido reaccionar así. Pero el otro día recibió una carta de sus superiores. Creo que le han dado una prórroga a su baja laboral bajo amenaza de traslado. Está que se sube por las paredes. Pero yo creo que esta vez Raymond puede tener alguna información valiosa y, sobre todo, verdadera. Si no, mi padre no hubiera reaccionado así.

—Mira, Ralph. Sé cómo se las gasta tu padre. El año pasado, cuando intentó robarnos el platillo volante, lo pude comprobar.

—Ya, pero...

Un ruido cortó en seco el discurso del hijo del militar. Sonaba igual que el ulular de un búho.

—Bueno, será mejor que nos vayamos. Ya ves que se está haciendo de noche y...

Ralph señaló a la esquina. La manta se movía sola. Adriana intentaba retener al criptoterrestre en vano. En una de sus intentonas tropezaron con el mueble y varias películas cayeron al suelo. La manta se escurrió y dejó en evidencia su escondite.

—¡Dios santo! —Ralph chilló nervioso.

Ralph se pegó el susto de su vida. Israel no sabía qué decir.

—Dime que es tu hermano disfrazado... —dijo con voz temblorosa.

Currito entró de improviso en la cabaña y entonces a Ralph le dio un ataque de risa nerviosa.

—¡Ya tengo comida para Max! —gritó el menor, que portaba un táper con una ensalada de pasta.

La farsa no pudo alargarse más en el tiempo. Israel sentó a su amigo y le relató toda la historia completa. Ralph estaba alucinando, aunque algo alterado. Tocaba curioso al criptoterrestre aunque este se retiró para resguardarse al lado de Adriana.

—Prométenos que no le dirás nada a tu padre. Si se entera vendrá a por nosotros —le rogó el mayor de los hermanos.

—En serio, no temáis. Confiad en mí. Soy de los vuestros...

Israel no paraba de pensar que, si Aiden de la Cruz tenía conocimiento de aquello, podría arreglar su situación ante sus superiores y los problemas laborales terminarían para él. Quizá incluso los mentales, así que no se mostraba muy seguro de que su hijo fuera muy de fiar. Pero ya no había remedio. Tendrían que tocar madera.

—¿Me decís que la mítica piedra Roswell, al unirse con el platillo volante, hizo desaparecer a este bicho delante de vuestras narices y que ha aparecido un año después en el rancho?

—¡Se llama Max! —le corrigió Adriana.

—De verdad, si no fuera porque lo estoy viendo con mis propios ojos... Esto es increíble. Y ya eso de que puede venir de las profundidades de la tierra y no del espacio exterior... no os cuento.

—Nos trasladó un mensaje que se entrecortó. El cambio climático está destrozando su mundo y amenaza con destruirnos a todos con una catástrofe medioambiental. Adriana... ¿ha vuelto a hablar contigo... Ejem, perdón, ¿a darte algún nuevo mensaje?

—Nada. Lo he intentado, pero no me dice nada.

—Qué raro —dijo Ralph.

—Por cierto, tengo algo que contaros. —Adriana se dirigió al baúl y lo abrió—. Cuando Currito sufrió la abducción trajo la piedra Roswell. ¡A lo



mejor se la han dado por algún motivo!

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —le recriminó su hermano—. ¿Qué dices de que a Currito lo secuestraron?

Ralph alucinaba con esa nueva información.

—No lo sé. Él hizo unas pinturas extrañas. ¡Se me ha olvidado con tanto jaleo! No hemos parado desde que volviste.

Adriana cogió la piedra, que relucía en todo su esplendor.

Israel examinó la marca de Currito. No sabía cómo reaccionar.

—Santo cielo. Es preciosa —añadió Ralph mirando la piedra.

—Creo que lo mejor es que la guardemos ahí por ahora. —Israel la volvió a meter en su sitio y cerró el baúl con llave—. Está claro que la piedra es una especie de motor para Kery, el platillo volante. El problema es que casi seguro que está en poder del ejército y, si descubren que tenemos la piedra... no tardarán en aparecer por aquí. Creo que ahora tenemos un problema más importante. ¿Qué vamos a hacer con Max? Ese general Nelec lo está buscando desesperadamente. Si tiene a Kery, nosotros tenemos el resto del puzle.

—¿Nelec? Dios, mi padre me ha contado que es un bastardo. Lo odia. Que un general de alto rango venga directamente a tratar un tema y salga de su despacho deja bien claro que el asunto es serio. Tenemos que cuidarnos de él —advirtió Ralph.

—Lo ideal sería encontrar ese mundo subterráneo para que Max vuelva a su casa —rogó Adriana.

—Adri, no creo que sea tan fácil como bajar por un agujero. —Israel no paraba de darle de vueltas al problema—. Tenemos que buscar una explicación a todo esto.

—A ver, pensemos un poco... ¿No podría ser ese platillo volante un dispositivo de control remoto de origen desconocido? Me refiero a ese platillo volante. Esta teoría parece tener más sentido; que sea una especie de nave espacial, si tenemos en cuenta que viene del interior de nuestro planeta —dedujo Ralph.

—Si analizamos su comportamiento, el platillo volaba con aparente precisión a pesar de que, al parecer, no había dispositivo de propulsión reconocible dentro del aparato. Parecía capaz de maniobras evasivas e incluso mostraba un deseo de defenderse antes de que nosotros lo capturáramos, con aquellas luces brillantes y ruidos fuertes. Como cualquier ser vivo, esta máquina se resistió a todos los intentos realizados para aprisionarlo, hasta del mismo ejército —recordó Israel.

—Nada de lo anterior prueba que las acciones de la cosa sean un ejemplo de vida inteligente, pero la idea me intriga. Tal vez estamos hablando de un dispositivo de vigilancia no terrestre, de la civilización del interior de la tierra. Quizás fue enviado desde allí para espiarnos o... rescatar al criptoterrestre. La piedra Roswell es la llave para entender su funcionamiento.

Adriana asistía interesada a la conversación de sabuesos de la fantasía de la ciencia ficción. A lo mejor no iba a ser tan malo que Ralph hubiera vuelto a formar parte de la Pandilla UFO.

—Está claro que la nave espacial principal es la que encontraron en el lago de Roswell. Kery venía a por Max, de eso estoy segura —intervino Adriana, orgullosa por participar en estas pesquisas.

—Sí. Cuando Kery se unió a la piedra Roswell, se esfumaron y han vuelto a aparecer un año después. Eso puede significar que...

—¡Ya lo tengo! —exclamó Currito.

Todos lo miraron sorprendidos. Parecía que el menor estaba distraído con Max, pero en realidad tenía puesta toda su atención en el coloquio.

—¿Y bien...? —le preguntó Ralph, mirando fijamente al pequeño.

—¡El platillo volante es una máquina del tiempo!

—¡Currito, eres un genio! ¡Una máquina del tiempo! La leche... Pues tiene todo el sentido del mundo, ¿no? —exclamó Israel.

—Ostras... pues la verdad es que sí —afirmó Ralph convencido.

—¡Entonces... cuando desapareció delante de mis ojos... viajó al futuro! ¡Un año después! —chilló Adriana.

—Es lo que parece más razonable, aunque solo sea una teoría. Eso significa que tenemos que encontrar urgentemente a Kery. Ya tenemos la piedra Roswell. ¡Solo falta el platillo volante! Lo malo es que...

—No sabemos si lo ha capturado el ejército, y ni siquiera podemos saber si funciona o no. A lo mejor por eso no viajaron a donde querían ir realmente... porque estaba estropeado —Adriana se sacó de la manga esa sorprendente explicación, continuando lo que Israel había dejado en suspenso.

—Macho, tus hermanos parecían moco de pavo, pero tienen nivel ¿eh? —dijo jocosamente Ralph, aunque en el fondo se encontraba admirado por los pequeños—. Veo que la Pandilla UFO no está formada por colegiales. Aquí se ve que hay pasión por los extraterrestres. Digo... por los criptoterrestres.

—Bueno, son teorías. En realidad, hay muchas cosas que no podemos demostrar. Aunque me pese, creo que mañana tenemos que intentar hablar con Raymond Carpenter. Me dio la sensación de que mientras investigaba para su libro ha averiguado algo que no nos contó en la conferencia y sería fundamental averiguarlo. Vi que tenía un ejemplar en la mano. No podemos esperar al día cinco a que salga oficialmente publicado —dijo Israel.

—Yo creo que lo vas a tener crudo. Seguro que hay un cordón de seguridad y no se admiten visitas —aseguró Ralph—. Aunque mañana empieza el Festival OVNI y, quizás tengamos alguna oportunidad. Estarán bajo mínimos de personal.

—Ya improvisaremos algo. Así que búscate un disfraz discreto.

—¡Yo quiero ir al festival! ¡Pero no me ha llegado mi traje de Thanos! —gritó Currito.

—¿Y qué haremos con Max? —preguntó Adriana.

—No lo sé. Estoy hecho un lío... Por cierto... prueba a darle algo de comer. Digo yo que tendrá que alimentarse, ¿no? —se preguntó Israel.

Currito cogió un comedero de su perro Copito y le puso la ensalada de

pasta a la criatura. Pero este no abrió su diminuta boca. Tampoco lo hizo cuando le ofrecieron agua.

—Pues no le gusta la comida terrestre... —concluyó Adriana.

—No perdamos más tiempo. Creo que ya es hora de cenar y descansar. Mañana nos espera un día duro. Ya veremos si come o no este bicho —finalizó Ralph.

Convinieron que era lo mejor. Le dejaron una manta a Max en la caseta del árbol y cerraron bien la puerta. Regresaron con su tía Maribel, que les tenía preparada una cena por todo lo alto: huevos con tomates y fajitas de pollo. Pero antes tuvieron que darse una buena ducha.

Cuando se sentaron a comer, Israel masticaba ansioso. Pensaba que tendría que analizar los dibujos de Curruto. ¿Sería una broma del niño o realmente le pasó algo tan inquietante...? Aunque lo más extraño es que se hubiera encontrado con la piedra Roswell. No podía ser casualidad.

Mientras engullía la comida miraba de reojo el refugio de Max. ¿Cómo podrían salvarlos de las manos del general Nelec y qué podrían hacer para que volviera con los suyos? Y lo peor... ¿Tendría la Tierra escapatoria de su fatal destino ante la irresponsabilidad de sus gobernantes y la mano nefasta del hombre?

Esa noche, Adriana se encontraba inquieta en la cama. Enfrente, Currito dormía a pierna suelta, pero ella no paraba de darle vueltas a la cabeza. Para colmo de males, el rayo de una tormenta alumbró la habitación anunciando un gran aguacero. Este, cómo no, no tardó en aparecer.

Pensaba en Max. ¿Estaría bien? Y Kery... ¿Lo habrían capturado o se habría fajado de las garras del ejército?

De pronto algo la sobresaltó. Eran golpes. Unos pasos lentos y fuertes que pisaban el tejado. ¡Toc! ¡Toc! Cada vez sonaban más fuertes y, lo peor, más rápidos.

Miró por la ventana. Apenas podía distinguir el paisaje. La lluvia caía con mucha fuerza, así que desistió de abrirla. Tampoco quería despertar a Currito. Cuando se dio la vuelta se convenció de que había sido una falsa alarma, pero una gran sombra que procedía del exterior la dejó paralizada. Se giró.

Ya no había nada.

Los ruidos volvieron a escucharse.

Estaba acongojada, pero ya tenía doce años y no quería aparentar que todavía se comportaba como una niña pequeña. Resistió a la tentación de llamar a su tía y montar un escándalo al estilo del benjamín de la familia.

Así que se acostó. Con la manta en la cabeza, intentó abstraerse de todo. Poco a poco le fue venciendo el sueño. Entrando en plena vigilia creyó escuchar ladrar al perrito Copito. No reaccionó. Como buen perro, cualquier contingencia nocturna lo alarmaba, y Adriana supuso que los ruidos eran por el granizo. Al crearse esa idea mental se relajó y no tardó en caer rendida en el catre. Mientras ella dormía profundamente, el perro volvió a chillar, pero ya nadie pudo escucharlo. Sería su última vez.

**Miércoles, 3 de julio de 2019**

Por la mañana temprano, los gritos de Maribel despertaron a todo el vecindario. Israel pegó un salto en la cama y sintió taquicardia. Sin quitarse el pijama, bajó las escaleras descalzo. La puerta principal estaba abierta y fuera la tía lloraba desconsolada.

El pobre perro yacía descuartizado a sus pies. ¡Pensó en los pequeños y el disgusto que se iban a llevar! ¿¡Qué podría haberle pasado?! Escuchó a sus hermanos bajar y los frenó para que no vieran algo tan espantoso.

Ganó tiempo para recoger los restos y darle sepultura ese mismo día. Cuando les explicó que la mascota de la familia había muerto no quiso darles más explicaciones, aunque Adriana, cómo no, pretendía ver a toda costa el cadáver de Copito. No obstante, Israel se negó. La discusión no fue a más porque Curro señaló otro problema. Otra sorpresa desagradable e inesperada.

—¡La puerta de nuestro refugio está abierta! ¡Max se ha escapado! —denunció Currito.

—¡Madre mía! —Israel se llevó las manos a la cabeza. Corrió hacia la casa del árbol. ¡En efecto, allí no estaba!

Desde lejos escuchó a su hermano llorar. ¡Por cuenta propia, y aprovechando el despiste, abrieron la bolsa con el perro llena de sangre y vio lo restos mortales!

—¡Adriana! ¿¿Qué hacéis!?! ¡Por Dios! —les reprendió el mayor de los hermanos.

—¡Copito! ¿¿Por qué?! ¡No es justo! —se lamentaba ella.

¿Quién podía ser el causante de la terrible muerte del animal? ¿Habría sido... Max? No sabían de qué se alimentaba, ni tampoco cuáles eran sus verdaderas intenciones. Había sido una temeridad dejarlo allí como si fuera un trofeo del campo. ¡Podía ser peligroso! Estaba seguro de que el culpable de todo era él. A fin de cuentas, era algún tipo de ser vivo y no se iba a alimentar del aire.

Lo buscaron por los alrededores, pero todo fue en vano. Entonces salió el vecino, el señor Rogers, quejándose de la muerte de sus dos perros y varios animales de su ganadería.

—¡Maldita sea! ¡Esto es obra del chupacabras!

Los niños se acercaron a hablar con él.

—¿El chupacabras? —preguntó Israel intrigado.

—¡Es un ser terrorífico, parecido a un extraterrestre! ¡No te hagas el sueco! ¡Sé que te gustan muchos esas historias! Esta bestia es responsable de la muerte de ganado en muchos condados de EE. UU. ¡Todo el mundo sabe que existe! ¡Mirad mis vacas! —El vecino señaló con el dedo los cadáveres de varios mamíferos—. Todas siguen el mismo patrón. Les han succionado toda la sangre a través de perforaciones en el cuello. ¡Es como si fuera obra de un vampiro!

—Sé de qué nos habla. Algunos cuentan que es un animal sin pelo, que se desplaza a cuatro patas, como los perros. Pero siento decirle que creo que... el chupacabras no existe —afirmó Israel seguro. Fue uno de sus temas preferidos con quince años, pero descubrió que no existían evidencias científicas para sostener esa teoría.

—¿Entonces quién diablos ha hecho este destrozo? —preguntó Maribel.

—¡A ver! Hace casi veinte años que se encontraron los cuerpos del supuesto chupacabras en Texas. Parecían tan horribles como las descripciones que hacían los testigos: sin pelo, demacrados y con la piel aparentemente quemada. Pero las pruebas de ADN revelaron que eran simples perros, coyotes o mapaches, e incluso uno era un pescado.

—¿Un pescado? —inquirió Rogers—. La gente no es tonta, chaval. Nadie puede confundir estos animales con monstruos extraterrestres. No intentes tomarme el pelo.

—No, señor. En serio. Había un motivo. Estos animales fueron confundidos con el chupacabras porque perdieron el pelo. Tenían sarna por culpa de los ácaros. Una enfermedad común.

—Por mucho que me expliques este rollo, todavía quedan por explicar muchas cosas para esclarecer el mito. Esta noche organizaremos batidas para encontrar a esa cosa, sea un chupacabras o una alimaña salvaje. ¡Juro que lo vamos a matar!

Adriana pensó que Max corría un serio peligro... ¿Era realmente el culpable de aquella matanza? Si fuera el causante, no se lo podía creer. Parecía un amor... Pero... ¿Y si, por el contrario, fuera un depredador peligroso?

Poco después, cuando se tranquilizaron los nervios, los tres hermanos organizaron un cónclave de la Pandilla UFO para tratar esta nueva crisis. Currito lloraba como si no hubiera un mañana por la pérdida de su perro. Israel planteó que no podían seguir jugando con fuego. Quizá se estaban extralimitando y lo más conveniente fuera dejarse de tanta conspiración y acudir a las autoridades pertinentes.

—¡Max no ha matado a esos animales ni a nuestra mascota! ¡Él es bueno!  
—proclamó Adriana.

—¡Copito! —se quejaba Currito sin atender a la conversación.

—¡Silencio! No está nada claro que no haya sido él. Ya te dije que no sabía de qué se alimentaba ni qué instintos podría tener. Por mucho que te parezca un osito de peluche... no sabemos de dónde viene ni qué especie es la suya. Lo que nos ha dicho el abuelo solo son suposiciones. Quizá sea más peligroso de lo que parece. La próxima vez que lo tengamos, vamos a entregarlo.

—¡No! ¡Han venido a advertirnos de los peligros que corremos! ¡Sería una traición! —replicó la niña.

—Tampoco sabemos si volveremos a verlo. Se ha escapado y vete a saber dónde está. Solo espero que no vuelva a actuar contra los animales de las granjas... o incluso personas. Si no... acabarán matándolo. ¡Y si es peligroso será lo mejor!

Adriana le dio una patadita en el tobillo a su hermano. Siempre que se cabreaba lo molestaba con ese doloroso golpe. Israel intentó darle una colleja, pero ella se zafó.

—Haz el favor de no comportarte como una niña. ¡Ya tienes doce años! Hoy te vas a quedar aquí con Currito y la tía. Vamos a hablar con Raymond por la tarde. Así que no iremos al festival hasta que volvamos. Mientras tanto, quedaos en casa y no salgáis... por lo que pueda pasar.

Adriana refunfuñó y se fue a su dormitorio para preparar los disfraces del concurso, pero llevaba un disgusto importante.

Su hermano se quedó relejendo libros hasta las seis de la tarde, pero no encontró nada que vinculara al supuesto chupacabras con extraterrestres, como ya sabía de sobra. ¿Quizás Carpenter pudiera tener alguna evidencia de lo que



realmente estaba pasando allí? No se fiaba de él, pero necesitaban su ayuda. Si Max reaparecía antes de llamar a las autoridades podrían acudir a su profesor César Puchol. Seguro que él los ayudaría. Así que contaba los minutos para hablar con el escritor y, en esas, se quedó adormilado hasta que el claxon del coche de Ralph lo despertó.

Bajó algo cansado, pero no había tiempo que perder: juntos tenían que dirigirse a la inauguración del Festival OVNI de Roswell 2019, con la intención de entrar de alguna manera en la habitación de hospital que cobijaba a Raymond Carpenter. La coartada que habían pensado era entrar en urgencias simulando alguna indisposición. Luego tendrían que apañárselas para localizar al escritor.

Una vez en el centro de la ciudad, corroboraron lo que ya sabían: que el evento seguía atrayendo la atención de entusiastas de los *aliens* procedentes de todo el mundo y que la ciudad se había convertido en la zona cero para este tipo de aficionados. Las noticias decían que ese año iban a visitar la ciudad más de 25 000 turistas. El gentío estaba preparado para el concurso de disfraces, las distintas exhibiciones y las visitas guiadas. Y es que, según encuestas de revistas especializadas, más del 40 % de las personas creen en la existencia de los ovnis. Lo que quizás no sabían era que estos visitantes podían venir de nuestro propio inframundo. Este año Israel y Ralph no tenían tiempo para vivir la fiesta. Tenían algo más importante que hacer. De modo que tomaron rumbo al ala de Urgencias del hospital. Antes, se colocaron unos disfraces cutres de los lagartos de la mítica serie *V*.

Allí Ralph simuló un malestar por un atracón de cerveza y acabaron justo en el área del hospital que querían. A esas horas ya había bastantes pacientes esperando turno por insolaciones, indigestiones y, sobre todo, comas etílicos. La fiesta no había hecho otra cosa que empezar, pero la gente llevaba desfásada varias horas.

Cuando le tocó el turno a Ralph, él e Israel entraron juntos. El médico cogió todos sus datos y exploró al «paciente». Decidieron dejarlo en observación para suministrarle sueros orales, los llamados electrolitos, con intención de recuperar los líquidos perdidos y parte del equilibrio. En la sala de espera, Israel aprovechó para escaparse por una puerta al final del pasillo y subir las escaleras en busca de la segunda planta. Por suerte no se encontró a nadie por el camino. Cuando alcanzó su objetivo tenía un último problema: la enfermera que estaba en la recepción. Ralph le había soplado que la habitación de Raymond era la 225. No sabía de dónde había sacado esa

información privilegiada, pero era oro puro en esos momentos. De lo contrario sería como buscar una aguja en un pajar.

Esperó paciente varios minutos hasta que la chica se giró para grabar alguna información en su ordenador. Israel se agachó y la sorteó a paso ligero por debajo del mostrador. Luego intentó continuar su trayecto con el máximo sigilo hasta que llegó a la habitación. Un cartel anunciaba la prohibición de la entrada para aquellas personas que no fueran trabajadores del hospital o estuvieran autorizadas para la ocasión. Esperaba, al menos, no toparse con algún funcionario. Abrió la puerta y tuvo suerte. No había nadie excepto el escritor. Parecía dormido. Israel se acercó con sigilo y lo despertó.

—Raymond, Raymond... tenemos que hablar.

Carpenter se espabiló y abrió los ojos como platos. Israel intentó tranquilizarlo.

—¡Leches! ¡Un lagarto! —exclamó el escritor.

Israel no recordaba que llevaba el disfraz de *V* y no había reparado en quitárselo. Se despojó de la máscara.

—¡Chaval! ¡¿Qué diantres haces aquí?!

Al señor Carpenter le costaba respirar, pero parecía bastante recuperado. La sorpresa y el hecho de que estaba hospitalizado no contribuyeron a que cambiara su actitud de desdén hacia Israel.

—No sé para qué has venido. No pienso contarte el secreto de mis investigaciones. Pero ¿sabes qué? ¡Mi libro no va a salir a la luz! ¡Han cancelado su publicación! La editorial no me ha dado explicaciones, pero me temo que sé quién puede estar detrás...

—¿Aiden...? —sugirió Israel.

—No, ese desgraciado no tiene tanto poder. Es... Nelec.

Israel sudó cuando volvió a escuchar ese nombre.

—¿Pero tanta fuerza tiene como para intervenir una editorial? —preguntó.

—No te hagas el ingenuo. Sé que eres más listo de lo que parece. Probablemente ya hayan estado en mi casa de Miami y quién sabe si hasta no han destruido todas mis copias digitales. Seguro que hasta las que tengo subidas a la nube. ¡Nos monitorizan en cada paso que damos! ¡Pero ya me buscaré una pequeña editorial! ¡No pienso ocultar las verdades que tanta fatiga me costaron encontrar! ¡Jugaré la baza de que es un libro proscrito para que sea otro superventas!

Israel intentó no perder el tiempo a pesar de que alucinaba con los trapicheos literarios del paciente.

—¿No me puede hacer un resumen así por encima?

—¿Y qué obtendría a cambio?

—Cuando salga del hospital le contaré todo lo que quiera. Creo que ha llegado el momento de que unamos nuestras fuerzas.

—¿Me contarás qué pasó exactamente en aquel lugar después de desmayarme? Estoy seguro de que mi historia encajaría si tuviera esa parte que me perdí por el inoportuno desmayo.

—Con todo lujo de detalles... —mintió Israel pensando en la máxima de Maquiavelo que afirmaba que el fin justifica los medios, aunque quién sabría si al final cumpliría su palabra. Necesitaban más aliados y menos enemigos.

—Muy bien... trato hecho. ¡Pero haré entrevistas y grabaré todo lo que pueda! Me gustaría reeditarlos con más material. Será la bomba. Estos malnacidos no van a poder conmigo. En fin... vamos al grano. A ver. — Raymond carraspeó la garganta—. Lo primero que tienes que saber es que la

aparición del platillo volante que encontrasteis se ha repetido en cuarenta casos exactamente iguales que este con niños de diferentes lugares del continente americano. Pero el ejército está desesperado porque no ha podido capturar a ninguno de esos platillos ni a sus fabulosos acompañantes. Todos vienen con algún visitante que transmite el mismo mensaje. Esa es la parte que, tengo la sensación, me puedes aclarar.

—Lo sabemos, Raymond. Mi hermana contactó con uno de ellos. El deterioro de la Tierra ha llegado a un punto de no retorno y el cambio climático hará que, dentro de muy poco, sea inhabitable.

Raymond le clavó una mirada lasciva. Cuando saliera del hospital aquellos niños podrían darle más exclusivas para engordar su fama mundial.

—Sí, ese era el primer mensaje. Una advertencia del presente para salvarnos del desastre ecológico... pero hay otro mensaje mucho más importante y, si cabe, más catastrófico. Se trata del jeroglífico que hay grabado en estos ovnis que, me temo, vienen de un futuro inmediato; una especie de profecía... de la que todo el mundo está haciendo oídos sordos. Y lo seguirán haciendo hasta que ocurra lo inevitable. Pero aún tengo que acabar de descifrarlo. Sospecho que conecta con alguna civilización ancestral ya desaparecida. Quizás para una segunda edición pueda darle forma a una teoría. Sin embargo, con lo que ya tenemos entre manos...

Estiró la mano por debajo del colchón y descubrió un ejemplar del libro.

—Solo tengo esta copia que me dejó la editorial como borrador para una última revisión. Léelo con atención y descubrirás una gran verdad oculta en Roswell que tiene que ver directamente con el Área 51. Esta es la parte del libro que tiene loco al ejército. Sabe que puede ser una bomba expansiva. Devuélveme este ejemplar en cuanto salga del hospital. Dame tu palabra.

—Se la doy. Yo no soy como usted.

—Deja las bromitas para otro día, niño... No queda mucho tiempo. Tienes que irte.

—¿Por qué?

—Pronto vendrán ellos y, si te ven aquí, tendrás graves problemas... En realidad, vas a salvar la última copia de mi obra. Ha sido un milagro que llegaras a tiempo...

Dicho y hecho. Unos pasos anunciaron que alguien pretendía entrar en la habitación. A Israel no se le ocurrió otra cosa que esconderse debajo de la cama de la segunda unidad de la habitación, que estaba completamente libre. Era un pésimo escondite, pero no hubo tiempo para imaginar nada mejor. En

ese preciso momento supo que había cometido un error infantil. ¡Con las prisas no había cogido el libro!

La sorpresa fue que no entró ningún médico ni enfermera, ni siquiera un alto cargo militar. Era una persona vestida de paisano, pero con un pasamontañas que ocultaba su rostro.

El siniestro personaje se plantó delante del escritor. Este le interpeló.

—¿Quién demonios eres? ¿Has venido disfrazado del festival para intimidarme? ¿Eres Aiden de...

A Raymond Carpenter no le dio tiempo a concluir su pesquisa. El encapuchado apretó con toda su fuerza el cuello del paciente. La cara del escritor mutó a un color morado mientras perdía la vida por la falta de oxígeno. Unos segundos más y terminaría su trabajo dándole muerte.

—Dame el libro si quieres volver a ver a tu familia... —amenazó el encapuchado. Carpenter forcejeaba con él.

Israel estaba confundido. Desde su escondite no atisbaba qué estaba ocurriendo, pero sabía que algo no estaba yendo bien. Sin pensárselo, le dio una patada en el tobillo y el encapuchado cayó al suelo antes de poder terminar su tarea. ¡Por desgracia ese tipejo tenía el libro en su poder! ¡Y la culpa era suya por haberlo dejado a la vista!

Al verse sorprendido por los gritos de Israel saltó por la ventana rompiendo en mil pedazos los cristales y se colgó a las escaleras de emergencia.

¿Quién era aquel asesino? ¿Era en realidad el padre de Ralph? Israel no se lo podía creer. Pero había que actuar cuanto antes.

Llegaron varios enfermeros para atender a Raymond.

—¿Qué ha pasado aquí, por Dios? —preguntó uno de ellos.

Israel, antes de que lo acusaran, salió por la ventana para intentar perseguir al encapuchado. Al agarrarse a la escalera observó que el intruso corría en dirección a una motocicleta aparcada en un callejón sin salida. Ralph lo llamó al móvil, justo en ese momento.

—¡Ralph! ¡Han intentado matar a Raymond delante de mis narices! Coge el coche y ve rápido a la parte de atrás del hospital. Se ha llevado el único ejemplar que queda del libro.

—¡Eso está hecho! Ya estoy dentro del coche. Hace rato que dejé de hacer el tonto en Urgencias. Corto y voy para allá.

Israel bajó las escaleras todo lo rápido que pudo, dando saltos y volteretas. Jugándose la vida literalmente. Cuando alcanzó el callejón el motorista se disponía a escapar. Israel se interpuso en su camino... y pasó lo que se temía. Sacó de su bolsillo un revólver. Lo apuntaba con firmeza.

—Niñato, no quiero hacerte daño. Quítate de en medio.

—Devuélvame el libro.

—No seas tozudo. Si no me dejas otra opción...

El individuo no dudó en disparar. Israel cerró los ojos, esperando un triste final a su vida.

Sin embargo, no sintió dolor ni tampoco ninguna bala atravesar parte de su cuerpo. ¡Había disparado al suelo con intención de asustarlo! Arrancó el motor aprovechando el momento de confusión y le golpeó. Israel se desplomó en el suelo. La oscuridad lo confundió durante unos segundos, pero luchó para no desmayarse. A continuación, escuchó otro estruendo. ¿Qué había pasado?

Se levantó con dificultad. Todavía con la vista nublada, luchaba por incorporarse. Poco a poco pudo saber qué había ocurrido. Ralph había aparecido de la nada y atropellado al motorista. Este yacía tirado enfrente de un contenedor de basura. Su amigo salió del coche y le ayudó a incorporarse. Se acercaron con temor. Lo primero que hicieron era coger el valioso libro. El encapuchado aprovechó para intentar recuperar su pistola, pero Ralph estuvo más rápido y le dio una patada al arma, que se deslizó hacia una esquina. No dudó en recogerla y apuntar al misterioso enmascarado.

—¿Quién eres...? —le preguntó Israel mientras se relamía la sangre de un corte en el labio.

Ralph descubrió su rostro. ¡Y la sorpresa no pudo ser más desagradable!

¡El profesor César Puchol! Israel no podía creer que su amado mentor fuera el villano que había intentado matar a Carpenter para robarle el libro.

—¡Profesor! ¡¿Cómo ha sido capaz de hacernos esto?

César se vino abajo.

—Lo siento mucho... No soy quien crees. Me encomendaron espiarte. Por eso me mandaron como profesor a tu universidad.

—¿Qué? ¡No entiendo nada! ¡Espiarne a mí! ¿Por qué razón? —exclamó Israel confundido.

—El informe sobre el caso del Rancho Foster en 2018 se cerró con la advertencia de que tú y tus hermanos, y probablemente el escritor Raymond Carpenter, debíais ser estrictamente vigilados porque se sospechaba que no habíais facilitado toda la información de la que disponíais y existía un grave peligro de que destaparais algunos secretos que podían escandalizar a la población y provocar una gran alarma social.

—Ahora entiendo por qué siempre me pedía usted que le contara qué es lo que pasó el pasado verano. Y el porqué de esos debates sobre ovnis y extraterrestres que organizaba a veces en clase. ¡Quería la información a toda costa!

—Un chico listo...

Ralph encañonó a César, con intención de que no dejara nada en el tintero.

—A ver, ahora nos vas a contar quién hostias eres de verdad... aparte de un falso profesor de Cosmología Avanzada.

—Chaval, tampoco te pases. Claro que soy profesor. A ver si te crees que la carrera me la regalaron en una tómbola.

—¡Y qué más! —gritó Ralph enojado.

Puchol intentó coger aire para desvelar el gran secreto.

—Soy... —César se aclaró la garganta, pensándose bien si dar el siguiente paso—. Realmente soy... un agente infiltrado de la NSA.

—¿La NSA? —preguntó Israel—. ¿Ese organismo especializado en secretos? ¿No fue Edward Snowden el que desveló unos documentos que detallaban sus programas de espionaje?

—Es el hogar de los criptógrafos y los especialistas en descifrar mensajes codificados. Nuestra misión consiste en prevenir que adversarios



extranjeros tengan acceso a información sensible o clasificada vinculada con la seguridad nacional, además de recoger, procesar y diseminar información de inteligencia de fuentes externas para respaldar operaciones militares. La NSA brinda servicio al departamento de Defensa, agencias gubernamentales, contratistas del sector privado que trabajan para el Estado y aliados de EE. UU. Mi programa se llama «UFO Hunt», y está dedicado a la identificación de Amenazas Aeroespaciales Avanzadas.

—¿Y qué querían de mí? —insistió Israel.

—Pues muy fácil: que nos entregaras el mensaje cifrado que contenía el pequeño platillo volante, quizás de vital importancia, pero que no debía ser *vox populi* hasta que la CIA diera el visto bueno a través del presidente Trump. Creemos que ese mensaje coincide con uno que recibimos en el accidente de Roswell de 1947. Es de vital importancia confirmar que coinciden, porque su significado es de la mayor trascendencia.

—No tenemos el platillo y no sabemos dónde está. Así que no sé qué contiene ese mensaje cifrado.

—Pensamos que quizás lo pudiera tener Raymond y que lo hiciera público a través de este libro. El platillo estuvo más tiempo en tu poder. Quizás tuvieras alguna foto del código. Pero lo hemos releído muchas veces y no hemos encontrado lo que buscábamos.

—No tenemos nada ni sabíamos qué significaba esa grabación. —Israel apretó en su pecho el libro, consciente de que esa información sí podría estar detallada en su interior—. Pero claro, tampoco nos lo vas a contar todo ahora, ¿verdad?

—Ya he hablado demasiado, querido alumno.

Ralph apretó los dientes acercando el arma.

—¿Y no viste ninguna criatura viva...? —preguntó César Puchol sin intimidarse.

—¿Un extraterrestre?

—Jamás hemos tenido contacto con extraterrestres ni hemos recibido respuestas a los mensajes que enviamos al espacio exterior. Sabemos perfectamente que ese no es el nombre correcto.

—¿Entonces sabe lo de los cripto...?

—Sí, claro que lo sabemos. Los criptoterrestres...

Israel se sorprendió.

—No te hagas el sueco, chaval. Sabemos de la existencia de esa raza subterránea. Pero necesitamos un cuerpo vivo. Siempre hemos capturado

cuerpos inertes. Y tenemos la impresión de que la llave para encontrar de dónde vienen y cómo acceder a ellos está en esos pequeños platillos volantes.

—No tenemos nada.

—Creo que el general Nelec sí —añadió Ralph.

—Amigo, hablo con Nelec todos los días. Y te puedo asegurar que no está en su poder.

¡Israel pensó entonces que Kery estaba vivo! ¡¿Dónde estaría el escurridizo platillo volante y por qué había desaparecido?!

## Hogar de la Pandilla UFO

Adriana se pasó gran parte de la tarde preparando el disfraz de Capitana Marvel. Currito, otra vez, se enfundaría un disfraz de extraterrestre, pero ese año no tocaba E. T., sino, por desgracia, el del típico alienígena que venden en todas las tiendas. Tuvo que desechar el disfraz de Thanos por culpa de una huelga de transportistas y un paquete perdido. ¡Estas cosas solo pasaban en Roswell! ¡Si al menos viviera en Nueva York! Pensaba el benjamín de la familia.

Empezaba a caer la noche y el resto de la Pandilla UFO no daba señales de vida. ¿Habrían tenido problemas? Adriana no quería comerse mucho el tarro. Estaba claro que el primer día del festival lo iban a tirar por la borda. Miró por la ventana y los vecinos ya habían desistido de la búsqueda del supuesto chupacabras.

Currito pidió permiso para ir al aseo mientras su hermana se acababa de enfundar el disfraz, bastante ceñido para su edad, que pese a todo ya mostraba una bonita silueta. Le encantaba cómo le quedaba. Se miró al espejo una y otra vez orgullosa de su elección.

La tía avisó que la cena estaba preparada, pero Adriana contestó que quería esperar que volviera Israel por si les daba tiempo a comer en la ciudad. Le apetecía ir al McDonald's. Regalaban muñequitos de Marvel y le faltaba una figura de Spider-Gwen.

Preparó su maleta de Harry Potter y escondió dentro la piedra Roswell que había rescatado del baúl. Esa noche brillaba con luz propia y Adriana intuía que podía ser necesaria. Si su hermano se enteraba qué le llevaba... la mataría, pero sentía que era su deber portar tan valioso instrumento.

Y... de repente... Escuchó los mismos ruidos nocturnos que la dejaron sin respiración la noche anterior. Sintió cierto pánico al asociarlo con algún animal capaz de desmembrar a su perro tal como descubrieron al alba. Cerró la ventana y, justo cuando lo hizo, pasó un horrible cuerpo desnudo sin apenas pelos que reptaba como si fuera un lagarto. Adriana se cayó al suelo del susto. Retrocedió dando pasos con un nudo en la garganta. ¿Qué era aquello? ¿Sería el criptoterrestre que estaba buscando de nuevo alguna presa?

Sus dudas no tardaron en disiparse. La ventana explotó en mil pedazos.

Los cristales y la persiana cayeron con una nube de polvo. Cerró los ojos. Sintió que algunos pedacitos se le clavaban en los brazos al cubrirse el rostro.

Cuando los volvió a abrir... el pánico la envolvió. Un ser monstruoso, muy similar a Max pero a la vez muy diferente, se posó enfrente suyo a cuatro patas. Era de mayor tamaño. Casi dos metros. ¿Habría mutado de su estado original? ¡Le mostró unas fauces llenas de dientes puntiagudos y se abalanzó sobre ella!

### **Callejón del Hospital de Roswell**

—Bueno, pero hay algo que no nos has contado. ¿A qué ha venido esta incursión y por qué has robado el nuevo libro de Carpenter? No me creo que solo sea por el rollo del código cifrado. ¿¡Tan importante es para haber intentado matarlo delante de mis narices!?

—Tampoco exageres. Solo quería asustarlo para que desembuchara. Nadie del ejército quiso darle importancia a este personajillo. El descrédito que sufrió en el pasado festival no nos hizo comprender su verdadero peligro. Como dices, el mayor problema del libro no son las especulaciones con el mensaje cifrado que, por supuesto, nos interesan y mucho. Lo peor es que revela un incómodo secreto para los EE. UU. que tiene que ver con Roswell... En este libro cuenta demasiadas cosas. Por eso han destruido todas sus existencias en la editorial. Pero, cuando averiguamos que el editor le había enviado un ejemplar de prueba hace un mes, decidimos que teníamos que encontrarlo para seguir manteniendo el secreto. Supongo que ya habrán peinado la casa de Raymond para destruir todas las copias digitales...

—¿Cuál es la información que tanto temen?

—Ya que tienes el libro... ¿Por qué no lo averiguas tú mismo?

Israel apretó el ejemplar con más fuerza. Ralph se enfureció más y lo amenazó.

—¿Qué vamos a hacer contigo, ahora que ya sabemos que eres un vulgar farsante?

—Lo llevaremos al hospital. Creo que tiene una pierna rota. No podemos dejarlo aquí tirado como si fuera un simple animal.

—¡Es lo que se merece! ¡Espera, que todavía puedo hacerle más daño!

Israel, a pesar de todo, aún conservaba cierto cariño hacia el profesor. Siempre se había portado muy bien con él, aunque tuviera otras intenciones. Él mismo evitó dispararle. Y tampoco quería ponerse a su altura.

—Profesor, le dejaremos en Urgencias. Y espero que sea la última vez que nos moleste. La policía tiene que estar al llegar. Allí vienen varios guardas de seguridad...

—Gracias, me duele mucho —se quejaba César amargamente—. Os lo agradecería. Yo ya he fallado. Tendré mi merecido. Mirad...

Efectivamente, en el hospital se habían levantado las alarmas y llamaron a las autoridades. La policía de Roswell llegó medio minuto después y los rodeó. Esposaron a César y, antes de que pasara a declarar por la comisaría del *sheriff*, lo trasladaron a sala de Urgencias. Tomaron declaración a los niños y, cuando terminaron, se despidieron de él. Puchol, antes de que se marcharan, llamó a Israel. Desde lejos le dijo unas últimas palabras.

—Gracias. Y lo siento mucho. Eres un buen chico y seguro que llegas muy lejos. Suerte y seguid buscando la verdad. Tendréis que descubrir por vosotros mismos el resto de la historia.

Israel sintió tristeza. Estaba abatido. El profesor era un mito para él. Ya dentro del coche, Ralph tomó la iniciativa.

—¿Qué hacemos ahora? He abollado el coche. Mi padre me va a matar.

—Vamos a mi casa, a recoger a mis hermanos. Quizás deberíamos dejar esto, al menos por hoy, y disfrutar del festival.

Ralph no replicó y entendió que su amigo tenía toda la razón del mundo. Sin embargo, Israel no pudo aguantar y por el camino se puso a ojear el libro. No sabía que iba a abrir la caja de Pandora.

Fragmento del Libro de Raymond Carpenter *El gran secreto de Roswell y otros misterios de la ufología*:

«Todos sabemos que el Área 51 es una base militar y un destacamento remoto de la base de la Fuerza Aérea Edwards. Las instalaciones están ubicadas en una región sureña de Nevada, al oeste de los Estados Unidos, a lo largo de las tierras baldías de Groom Lake, en un vasto aeródromo militar que hasta el año pasado creíamos secreto. Hoy ha pasado a ser una atracción turística y se nos presenta como una de las muchas mentiras y conspiraciones que el pueblo se creyó durante décadas. Sí, es cierto que en el Área 51 no hay extraterrestres ni ovnis, y es verídico que su principal finalidad es la de apoyar el desarrollo de sistemas de armas, además de llevar a cabo pruebas con aeronaves experimentales. Pero ¿y si les digo que todo es una tapadera? Ha servido al gobierno de EE. UU. para limpiar su imagen, pero lo cierto es que la verdadera base secreta del país no está ni jamás ha estado en el Área 51. Estén atentos. Lo que van a leer es uno de los secretos más increíbles de la historia de este país.

En marzo de 1968 se dio el caso de la muerte de más de 6000 ovejas en Roswell, cerca del lago que se había hecho famoso por el incidente ovni de 1947. Nadie supo por qué murieron esos animales, pero la razón principal es que la verdadera base secreta que todos siempre hemos imaginado se encontraba muy cerca de allí. El gobierno llevaba tiempo dirigiendo todas las atenciones hacia el Área 51 para crear una falsa conspiración y jugar al despiste. En Roswell, en el desierto, crearon... el Área 52. Sí, lo han leído bien. No es ninguna broma. Toda la extensión de esta nueva base es mucho más secreta que cualquier cosa relacionada con el Área 51. Se trata de una extensión de muchas millas, en la que se ven turbinas y tubos de ventilación que salen del suelo. ¿Acaso nadie se ha preguntado por qué nunca dejaban pasar a los viandantes más allá de los lagos de Roswell? La razón es que existe una gran base secreta debajo del suelo, de un tamaño descomunal. Es una base inexpugnable. ¿Y qué hacen allí?

Ya hemos dicho en otras ocasiones que Mac Tonnies propuso la existencia de una raza humanoide originaria del interior de la Tierra y habría coexistido

con la humanidad durante miles de años. Los eterianos siempre disfrazan sus verdaderos orígenes, sosteniendo la mentira de que solo son curiosos visitantes del espacio exterior. Su tecnología es tan avanzada que se asemeja a lo que nosotros llamamos magia.

¿Cuál es el principal objetivo del Área 52 en Roswell? Producir un vástago híbrido, un niño humanoide que pudiera ser el puente entre la sociedad humana y la exógena. Todo apunta a que esta posibilidad ya ha podido consumarse. Y esto plantea un más que inquietante temor: si los paradigmáticos encuentros cercanos involucran a criptoterrestres parecidos a los humanos, como los grises, ¿quién puede decir que no habría una galería de villanos progresivamente más extraños al acecho detrás del telón de este teatro ufológico? ¿No habrán conseguido más hibridaciones, con sus fallos y aciertos, que hayan dado lugar a espantosos seres monstruosos?». ».



—¡Entonces... Max es un híbrido entre un niño y un criptoterrestre! —gritó Israel.

—¡Pero qué dices! ¡No empieces con tus elucubraciones extrañas! —le replicó Ralph sin tomarlo muy en serio.

—¡Que sí, hombre! ¡Que todo encaja!

—No sé, hasta hace poco decías que este Raymond Carpenter no era de fiar y ahora te crees cualquier cosa que escriba. Por favor, un poco de seriedad. —Ralph intentaba concentrarse en la carretera... en vano.

—¡Tío, que el ejército y las agencias secretas estatales lo hayan vetado es una prueba irrefutable!

—Joder... y si fuera cierto... ¿A qué nos enfrentamos?

—Puede que el ejército no sepa ni siquiera que existe. ¿Es un híbrido creado por la raza del interior de la tierra o lo hemos creado nosotros? Ya escuchaste a César Puchol. ¡Querían un ejemplar vivo! —advirtió Israel.

—Lo cual significa que poseen tecnología criptoterrestre y algunos cuerpos inertes... Nosotros ya habríamos empezado nuestro propio plan de hibridaciones.

—Dudo que hayamos alcanzado un nivel de sofisticación adecuado para completar el proceso. Vete a saber los horrendos experimentos que estarán intentando en esa Área 52. —Israel estaba deseando pasar una noche entera leyendo el libro para descubrir estos maravillosos secretos.

—¡Leches! ¡La hemos tenido al lado toda la vida y siempre mirábamos al Área 51! ¡Desde luego que la jugada les ha salido redonda! Buah. La cabeza me va a reventar. De verdad: no sabía que, al final, en la Pandilla UFO íbamos a vivir estas aventuras.

—Ten por seguro que esto solo acaba de empezar. Pero, la verdad es que hoy, tras estas emociones, tendríamos que descansar. Ya le contaremos esto a Adriana y a Currito —sugirió Israel.

No tardaron en llegar a casa de Israel. Aparcaron y, justo cuando este último estaba a punto de darle las gracias a Ralph por llevarle, notaron algo raro que no les gustó nada. La puerta principal estaba abierta de par en par. Y de allí salieron despavoridas Adriana y su tía, corriendo mientras lloraban angustiadas.

Los dos amigos salieron del coche y acudieron a ellas.

—¿¿Qué pasa?? —exclamó Israel preocupado.

—¡Un monstruo se ha llevado a Currito! —contestó Adriana.

—¿Qué dices? ¡Déjate de bromas!

Pero las lágrimas de la niña y el ataque de pánico de su tía no invitaban a creer que aquello era una tomadura de pelo. Más bien todo lo contrario.

De repente, en la oscuridad, Israel miró al árbol de la casa de la Pandilla UFO. Y descubrió que no mentían. Allí había un ser horripilante, de aspecto similar al de una espantosa araña con forma humana. Poseía una hilera de espinas que le nacía del cuello hasta la base de su cola. La piel era de reptil, con escamas de color gris verdoso. Su mirada penetró en la mente de Israel, hasta el punto de casi hacerle ignorar una cara alargada donde creía ver una especie de versión pervertida y oscura de Max.

Descendió por una tela y caminó encorvado, lo que le daba un aspecto más peligroso. Detrás estaba Currito, incrustado a su espalda, atrapado en una bolsa de una sustancia viscosa. El monstruo los miró fijamente y abrió su boca llena de unos dientes afilados que no tenían nada que envidiar a los de un tiburón blanco.

El engendro no les dio tregua y se lanzó contra ellos.

Los chicos se dispersaron como pudieron, pero Ralph se quedó apuntando con el revólver y la mirada fija. Israel apretaba el brazo de Adriana para protegerla. Aun así, advirtió a su amigo.

—¡No dispaes, puedes herir a Currito!

Ralph dudó. Y fue suficiente para que el espantoso espécimen le diera un contundente golpe que desplazó a Ralph hasta estamparse con la puerta del coche. Una gota de sangre emanó de su cabeza. El ser lo acorraló y él no sabía cómo reaccionar. Israel temió por su vida. Le tiró de manera inocente una piedra, pero no atinó. ¿Qué podía hacer? Tendría que jugársela. Los vecinos empezaron a salir de sus casas. El jaleo había despertado a todo el vecindario.

El señor Rogers, el cazador, salió con su familia. Al ver el panorama empujó a su mujer hacia el interior de la vivienda.

—¡Santo Dios! ¡Es el chupacabras! ¡Y yo sin munición! ¡La hemos gastado esta tarde para nada! ¡Esta es la bestia que ha estado destrozando mi ganado! ¡Te vas a enterar! ¡Me ibas a buscar la ruina, pero hoy te voy a dar tu merecido!

Cogió un tridente para el heno que estaba en el porche de su casa. El ser se dio la vuelta y abandonó momentáneamente la idea de atacar a Ralph. Con un rugido se dirigió hacia Rogers, que perdió el equilibrio fruto del terror. Desde el suelo, empuñó el tridente para defenderse. La araña humanoide lo rodeó con sus enormes garras y se preparaba para la investida. Él, desde el suelo, profería insultos mientras le clavaba en la barriga el utensilio, aunque apenas lograba herirle. Uno de los enormes brazos del engendro se alzó con la intención de darle el golpe final. Todo parecía perdido para él.

Pero... se obró el milagro. Un disparo impactó contra aquella aberración.

Israel acudió con la mirada a buscar al posible salvador. Tenía que ser Ralph. No había otra alternativa. Pero se equivocó, su amigo estaba fuera de combate. Con todo el jaleo no había caído que había aparecido un inesperado salvador.

Era... Aiden de la Cruz.

El animal soltó un bufido amargo, se retiró a gran velocidad y se perdió en la oscuridad de la carretera, apenas iluminada por unas tristes farolas. El vecino respiró tranquilo. Un segundo más y no lo habría contado.

—Gracias, por venir, papá. —Ralph sonrió aliviado.

Israel no compartía el mismo sentimiento de victoria. ¡La criatura había capturado a su hermano pequeño!

—¡Currito! —gritó con amargura Israel.

—¡Mi hermana me va a matar cuando sepa todo esto! —se lamentó la tía en evidente estado de *shock* emocional.

—¿Dónde puede haber ido ese monstruo? —preguntó Adriana, que era un manojo de nervios.

—Creo que sé dónde puede estar... Seguidme, chicos.

Aiden los invitó a entrar en su furgoneta. Tuvo que tranquilizar a la tía y decirle que los niños estarían en buenas manos con él. El vecino decidió acoger a Maribel en su casa mientras los niños regresaban. Se encontraba conmocionada. En su sano juicio no los hubiera dejado solos, aunque fuera con el padre de un amigo. Ni loca.

El vehículo de Aiden arrancó el motor y salió derrapando. No había tiempo que perder. Dentro, los niños estaban angustiados con la posibilidad de que aquella criatura pudiera hacerle daño a Currito. Sin embargo, Israel no pudo contenerse.

—¿Por qué nos está ayudando, Aiden? —le preguntó.

—¿Qué pregunta es esa? Aquí está mi hijo y, además, hay un niño de siete años que corre peligro. ¿En serio tengo que dar explicaciones? Además, al lugar donde vamos no os van a dejar pasar si no es conmigo. Ya sabéis a cuál me refiero.

—¿Al perímetro asegurado del lago Roswell donde supuestamente encontraron el gran ovni? —le siguió su hijo.

—Sí, si ese artefacto aún sigue allí. Quedaba poco para que lo reconstruyeran e hicieran una prueba de despegue —añadió el padre.

Adriana se tapó la boca en una mezcla de estupor, entusiasmo y mucho miedo por lo que podía venir.

—¡La prioridad es salvar a tu hermano! ¡No lo que hizo mi padre el año

pasado! —afirmó Ralph, rotundo—. Le avisé cuando pasó lo del hospital. No podemos seguir pegando palos de ciego. Ya ves que la cosa no está para bromas ni juegos juveniles.

Israel dudó de su amigo. En una situación desesperada como esa no se iba a quejar, evidentemente. Pero se cernía sobre ese asunto cierto halo de desconfianza. ¿Habría tenido Ralph la poca vergüenza de tener al tanto todo este tiempo a su padre para que se aprovechara de la situación y salvara así su reputación ante sus superiores? La verdad es que esas dudas ahora no importaban lo más mínimo. Solo quería pensar en salvar a su hermano pequeño.

Llegaron a una enorme puerta tras un cuarto de hora de velocidad punta, justo en el cerco de los lagos de Roswell. Estaba abierta y un soldado... yacía muerto. Su *walkie-talkie* no paraba de repetir: «¡Alerta! ¡Hemos tenido una fuga por las cuevas del Área 52! ¡Esto es un caos! ¡Necesitamos refuerzos!».

—Santo Dios, la situación no parece la más idónea. Creo que podéis correr peligro. Es mejor que os deje en un lugar seguro —reflexionó Aiden.

—¡Por favor! ¡Vamos! ¡Mi hermano! —aulló Adriana entre lágrimas.

El conductor dio por hecho que no había otra alternativa, así que se adentraron en la enorme extensión del campo militar. La oscuridad apenas dejaba ver nada. Avanzaban casi a ciegas, pero el padre de Ralph parecía seguro de sus movimientos. De pronto, algo se discernió en el horizonte. Una potente hilera de luces. Israel bajó el cristal y sacó su cabeza fuera. Hacía un calor sofocante. Los sudores le empapaban la cara. Se secó con un pañuelo cuando intuyó a dónde iban.

Una enorme estructura de andamios que rodeaba los restos de... ¡el gran ovni que apareció en el lago Roswell!

Adriana ahogó un grito con la mano.

—¡Sabía que el ovni no estaba en el Área 51! ¡Estaba aquí en Roswell!  
—exclamó Israel.

—En el Área 52, el secreto que nadie sabe. —Ralph miró a su padre de soslayo—. Creo que tienes mucho que contarnos.

—No es momento de revelaciones. Esto no es un libro de Dan Brown. Mirad...

Apuntó con la linterna y descubrió que Currito pendía de un andamio en un saco de un material viscoso. Como presa, aguardaba un fatal destino. Al verlo, aunque adormilado, reaccionó llorando.

—¡Currito! —gritó Adriana.

—¡Tenemos que bajarlo de ahí! —gritó Israel.

—Y al otro también —añadió Ralph.

Aiden movió su linterna hacia la izquierda. Otra sorpresa más.

—Dios, santo... este no es como el monstruo. Se parece a un humano.

¡Era Max! Llevaban días sin verlo. Llegaron a creer que era el culpable de la muerte de los animales o que había mutado hasta transformarse en aquel horripilante esperpento. Pero estaban equivocados. Había sido una víctima más de aquella aberración de laboratorio.

—Jamás había visto algo tan maravilloso... —Aiden parecía hipnotizado con la criatura.

—Papá, no te hagas el nuevo. Seguro que no es el primero que ves.

—No, nunca he visto nada parecido.

—¿Entonces de dónde han sacado esos monstruos que son mutaciones con animales y criptoterrestres?

—¿Cómo tenéis tanta información? —replicó Aiden curioso.

—¡¿Papá, qué demonios habéis estado haciendo aquí?!

—Experimentos con restos de humanonides de otros planetas... o del nuestro. De donde vengan. Y ya veis los resultados... No sé si hemos llegado a algo tan sofisticado. Os recuerdo que llevo bastante tiempo fuera de la circulación. Y los experimentos del Área 52 han sido un secreto hasta para mí.

—Eso ahora da igual. Vamos a rescatarlos —suplicó Israel.

Un ulular parecido al de los búhos sonó con fuerza. Todos se pusieron en alerta. Entre Max y Currito bajó la mutación dispuesta a mantener sus presas.

—¡Ahí está!

—Papá, no dispaes si no estás seguro... Llevas un año sin usar un arma. El monstruo rodeó a currito.

—No tengo más remedio... lo tengo que intentar. Puede matar al niño.

Aiden se acercó a su objetivo. Apuntó. Estaba nervioso. Pero no podía perder ni un minuto. Apretó el gatillo sin llegar al final de su recorrido.

Un estruendo hizo caer en llamas a la criatura. Pero no había sido el disparo de Aiden. El ser cayó fulminado. Una bola de fuego con un punto rojo fue el causante. La llamarada de luz los deslumbró provocando un gran dolor en los ojos. Cuando restablecieron la vista comprobaron quién fue el salvador.

Kery, el pequeño platillo volante.

«¡Increíble!», pensó Adriana. ¿Dónde había estado todo ese tiempo? Estaba claro que no estaba en poder del ejército. Entonces entendió lo que había pasado. El platillo volante estaba controlado por Max. Se veía por el grado de concentración que tenía el ser que arqueaba los ojos. Kery comenzó a desintegrar las telas viscosas que lo apresaban. Aiden no daba crédito a lo que estaba viendo.

Adriana gritó: «¡Currito!». Su hermano se zafó como pudo y dejó al descubierto el brazo derecho.

Entonces volvió a pasar. Max le volvió a hablar a través de la mente. «No te preocupes».

Adriana notó un calor en su espalda, dentro de su maleta de Harry Potter. ¡Era la piedra de Roswell! Sentía su poder, que se intuía a través de una gran luz de color verde. Quizás era el momento de que Max marchara junto con Kery. En este mundo, a pesar de que habían venido para trasladarnos un mensaje para la humanidad, corrían serio peligro. En cuanto su hermano estuviera a salvo tendrían que partir. Pero... todo se torció.

—¡Dios! ¡Mirad! —Israel gritó alarmado.

Se giraron y descubrieron que el monstruo aún no estaba muerto. Aiden disparó... y erró. Solo Max podía salvarlo controlando a Kery pero... este se quedó paralizado. Por una buena razón. Se encontraban rodeados de luces. Coches militares acababan de llegar al lugar. Nelec apareció de las sombras y dio una orden. Una gran red atrapó a Max. Intentó escapar, pero no pudo hacer nada. Mientras, el monstruo subía poco a poco hacia Currito. Si lo alcanzaba podría matarlo con un ataque directo y letal. Quedaban solo pocos segundos. Había que hacer algo.

Nelec se acercó a Aiden y le dio un puñetazo. Ralph intentó responder el golpe. Varios de sus hombres lo anularon.

—Se acabó vuestro jueguito. Por fin lo hemos capturado —masculló Nelec en señal de victoria.

—¡Tienen que salvar a mi hermano! —bramó Israel. No le importaba otra cosa en ese momento.

«¡¿Qué hago?!», pensó Adriana, intentando ponerse en contacto con Max sin saber muy bien cómo. Una voz retumbó en su mente. «La piedra». «La



piedra».

Entonces Adriana lo entendió. Empujó a un soldado, echó a correr y gritó el nombre de su hermano.

Lanzó la piedra. Solo tenía una oportunidad... y Currito la cogió al vuelo. Como una pelota de béisbol. El monstruo se lanzó contra él. Kery reaccionó lanzándose contra piedra Roswell. La fusión entre ambos se consumó. Una turbulencia... y un halo de luz cegó a todos los presentes. Israel cayó al suelo. Miró enfrente y descubrió lo que realmente había pasado.

¡Los dos platillos volantes habían desaparecido! Los militares acudieron a rematar al monstruo, disparando con sus metralletas sin piedad. Estaban a salvo, de momento, si solo era el único ejemplar.

Pero el problema era que no había rastro de Currito por ningún lado. Se había esfumado como por arte de magia.

**Roswell, 17 de julio de 2019 (Catorce días después)**

La casa se había convertido en un funeral eterno. Los padres de los niños regresaron en cuanto las autoridades les avisaron de que su hijo había desaparecido. El pueblo estaba lleno de carteles con el rostro sonriente de Currito. Los habitantes de Roswell se habían volcado con la búsqueda del niño, pero no había rastro de él. Se organizaban constantes batidas por los campos y exploraciones de buzo buscando el cuerpo. No encontraron nada.

Israel sabía que no iba a aparecer así como así. La suposición de que el pequeño platillo volante fuera en realidad una máquina capaz de viajar en el tiempo le inquietaba. ¿A qué momento y lugar podría haber ido? ¿Aparecería como Max dentro de unos meses? Albergaba esa esperanza, pero era difícil agarrarse a un clavo tan ardiendo.

Muchas preguntas quedaron sin respuesta. ¿Por qué no había desaparecido Max en vez de Currito como pasó el año pasado? ¿Dónde tendrían encerrado al criptoterrestre y qué pensaban hacer con él?

Adriana se pasó varios días llorando. Decía que ella era la culpable de la desaparición de su hermano. Israel intentaba consolarla, argumentando que en realidad le había salvado la vida. No servía de nada porque había demasiadas dudas. Se le echaba de menos en la casa, como si allí ya no viviera nadie.

En todos esos días apenas habían salido del salón esperando noticias. Sin embargo, el 17 de julio Ralph visitó a su amigo y organizaron una reunión secreta en el refugio del árbol. Ambos se abrazaron como nunca.

—Lo siento mucho, amigo. No perdáis la esperanza. Seguro que nosotros, la Pandilla UFO, lo acabaremos encontrando.

—Quizás podríamos encontrar respuestas en el Área 52... —dijo Israel desesperado.

—¿Te quitaron el libro de Raymond?

—Sí, aquella noche nos lo quitaron todo. Maldita sea, ese cerdo de Nelec.

—Mi padre tiene un expediente disciplinario abierto por lo que pasó aquella noche. Creo que lo pueden echar del ejército —le anunció Ralph.

—Vaya, lo siento mucho. Si no nos hubiera ayudado... no sé si estaríamos

aquí, vivos y hablando.

De repente la puerta se abrió de golpe. Era Adriana.

La niña parecía otra persona. Ya no quedaba nada de ese carácter vital y alegre. Aunque tenía cierto grado de excitación. Era una carta de Raymond Carpenter. No tenía sello. ¿La habría dejado él mismo en el buzón? Israel la abrió, rompiendo el sobre con prisas. Leyó el manuscrito en voz alta:

*Querido Israel.*

*Siento mucho lo que le pasó a tu hermano pequeño. Bien sabe Dios que no miento si te digo que rezo todos los días por él, aunque no soy un hombre de fe. Confía en que sigue vivo. No perdáis la esperanza.*

*Convendría que nos reuniéramos cuanto antes para poner en orden todo lo sucedido, me contéis todo lo que ha pasado y podamos casarlo con mis investigaciones. Estoy seguro de que así habrá más posibilidades de saber si podemos recuperar con vida a Currito. Te dejo abajo mi nuevo número de teléfono para que concertemos la cita. Lo que sí te puedo adelantar es que ya he conseguido descifrar el código que tenía el diminuto platillo volante. Me tomé la precaución de tomar fotos cuando lo tuve en mi poder el año pasado, pero no encontraba ningún sentido al mensaje. Hoy ya estoy seguro. Es un mensaje milenario de algo que nos va a afectar a corto plazo. Apocalíptico, diría yo. Pero no por la acción del hombre. Es una amenaza exterior. Te contaré los detalles en nuestro encuentro, que espero sea a la mayor brevedad posible. Mucho ánimo en estos días duros. Espero que se obre el milagro.*

*PD: Mi agradecimiento por salvarme la vida en el hospital es eterno. Disculpa si alguna vez no actué como debiera. Has demostrado ser alguien de enorme valía. Confío en que podamos colaborar en el futuro. Tienes una carrera brillante por delante.*

*Firmado: Raymond Carpenter.*

# EPÍLOGO

**Universidad de Harvard, 12 de julio de 2019 (Cinco días antes)**

Abraham Loeb fumaba sentado en su despacho de la universidad. A la vez, ojeaba unos dossieres del primer visitante interestelar conocido por el ser humano y bautizado con el nombre de Oumuamua. El asteroide lo descubrieron en octubre de 2017 unos astrónomos de la Universidad de Hawái. Detectaron la luz procedente de este viajero llegado de fuera del sistema solar y dio lugar, cómo no, a múltiples teorías sobre su origen. Abraham, junto a Shmuel Bialy, un alumno de postdoctorado, realizó una publicación que dio la vuelta al mundo.

De eso precisamente venía a hablar su invitado de hoy. El escritor Raymond Carpenter, que justo en ese instante llamó a la puerta. Abraham apagó el cigarrillo, nervioso. No esperaba que llegaran tan pronto. Le concedió el permiso para que el visitante entrara y, tras los saludos de cortesía, Abraham le preguntó cuál era el motivo de su presencia allí.

—Por supuesto, vengo a hablar de Oumuamua —afirmó.

Abraham reaccionó con sorpresa.

—No tengo mucho más que contarle de lo que ya publicamos... Lo que sabemos es que ese objeto no es un cometa porque carece de cola y, por la cabellera que envuelve su núcleo, tampoco creemos que sea un asteroide porque el objeto acelera su velocidad en vez de disminuirla. Poco más le puedo decir. Hablando claro... es un auténtico enigma.

—Entonces... ¿Podría tratarse de una nave espacial alienígena?

—Así lo pensaba el ruso Yuri Milner. Ese millonario nos ofreció el telescopio de Green Bank para detectar si el misterioso objeto enviaba señales de radio. No pudimos constatar nada, aunque cuanto más estudio ese objeto, más extraño me parece y me pregunto si...

Raymond lo interrumpió y completó la frase.

—... si podría tratarse de una sonda artificial enviada por una civilización alienígena.

—No lo sé. Más quisiera yo estar seguro de ello. Nos tacharon de locos cuando especulamos con esta información. Podría tratarse de un objeto diseñado para el viaje de reconocimiento interestelar por una civilización

avanzada, cuya misión ha terminado, y se haya convertido en el desecho de un naufragio; es decir, una nave extraterrestre antigua que ha perdido su función.

—Mire, creo tener la respuesta.

Loeb reaccionó con cara de incredulidad.

—Explíquese.

—Desde hace meses se ha constatado una información que nos han trasladado nuestros amigos que viven debajo de la tierra y que se ha repetido en más de cuarenta apariciones, silenciadas por el ejército y los peces gordos del país. Un código cifrado de una civilización milenaria.

—¿Un mensaje de quién? ¿De los reptilianos bajo tierra?

—Bueno, ya sabe que han recibido diferentes nombres a lo largo de la historia.

—¿Y cuál es ese intrigante mensaje?

—Oumuamua llegará dentro año y puede ser el final de la humanidad.

**10 de julio de 1947, Rancho Foster, Roswell (setenta y dos años antes)**

William Mac Brazel sabía que iba a pasar algo. Lo presentía. El calor azotaba su rancho desde primeras horas de la mañana, así que a mediodía terminó todas sus tareas. El ambiente era ya insoportable y decidió resguardarse en el interior de la cabaña junto a su mujer, que estaba preparando un guiso de carne. Al cerrar la puerta respiró profundamente y una gota de sudor llegó a sus labios. Lo saboreó por inercia.

De pronto, lo inesperado. Una turbulencia. ¿Un terremoto? El cielo se iluminó. La puerta tembló y él casi cae al suelo. Su compañera gritó en la cocina. La cacerola del guiso se estrelló a sus pies. Conmocionada, fue a abrazar a su marido.

—¿Qué ha sido esto?! —preguntó preocupada.

No tardaron en salir a comprobarlo y lo que encontraron cambió sus vidas para siempre. William y su señora se llevaron una enorme sorpresa al ver unos restos esparcidos por su finca: una colección de fragmentos metálicos que cubrían más de un kilómetro. Allí se encontraban también los restos de un ovni de aspecto extraño y metalizado. ¿A qué clase de ingenio pertenecía aquello? ¿Era un avión moderno y experimental que se había accidentado en el desierto? ¿O era otra cosa?

La sorpresa vino poco después. Entre los restos había un pequeño platillo volador que parecía inerte... ¿¡Y un extraterrestre!?! Cuando se acercaron descubrieron que sus suposiciones eran falsas. En realidad, era un niño disfrazado. No dudaron en atenderlo para darle los primeros auxilios. Su corazón latía. Estaba vivo, no había duda, pero desmayado. El niño recuperó la consciencia poco a poco. Sin embargo, cuando le preguntaron quién era y de dónde venía, él no contestaba. Sufría un tipo de amnesia de tipo postraumático fruto del supuesto viaje interestelar. Los Brazel lo cuidaron hasta que llegaron las autoridades. Los oficiales de inteligencia de la base aérea de Roswell inspeccionaron el lugar y tomaron abundantes muestras de aquellos fragmentos. Mac Brazel no recibió ninguna explicación del misterio y se le ordenó guardar silencio.

Finalmente, el 8 de julio de 1947, en la edición vespertina del *Roswell*

*Daily Record*, se publicó una nota de la oficina de prensa de la base militar de la ciudad en la que se afirmaba que la fuerza aérea había capturado a un platillo volante en un rancho de la región. Aquel sensacionalista titular fue desmentido poco después, pero originó el incidente ovni más famoso de la historia.

No obstante, William ocultó el gran tesoro del incidente: el niño que había aparecido junto a los restos. Ese pequeño se convertiría en Carl Brazel pasados los años. Por ese motivo tenían idéntico símbolo en el cuello.

Currito y Carl. La misma persona.

FIN



LA HISTORIA CONTINÚA EN...

***LA PANDILLA UFO 3: La guerra del fin del mundo***

Disponible en exclusiva GRATIS con Amazon Kindle Unlimited

A partir del 1 de julio de 2020.

Premio Literario Amazon 2020

## **NOTA DEL AUTOR**

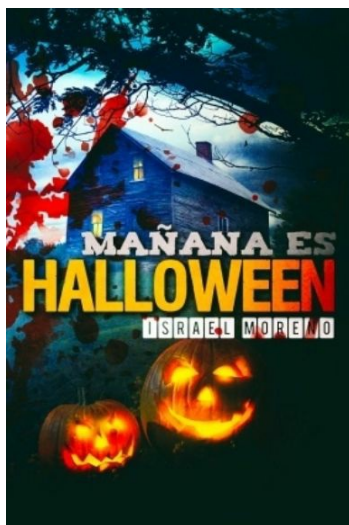
Como autor autoeditado, apuesto por ofrecer mis libros al menor precio posible y tras ser revisados por un equipo de profesionales. El precio del formato electrónico debe ser accesible para el lector, y muchos autores de Amazon creemos en ello. Para que esto pueda seguir siendo así, necesitamos un pequeño gesto por vuestra parte: reseñar esta novela en la página de Amazon donde fue adquirida, para que otros potenciales lectores se animen a leerla. Como autor os estaría agradecido. Os espero en mis otras obras, que podéis ver listadas a continuación. Espero que volvamos a encontrarnos. Muchas gracias por leerme. De corazón.

## OTROS LIBROS DE ISRAEL MORENO

### **MAÑANA ES HALLOWEEN: La novela más terrorífica de la noche de brujas.**

Disponibile GRATIS en AMAZON y GOOGLE PLAY. Más de 120.000 ejemplares vendidos. Nº1 TERROR JUVENIL.

[relinks.me/B00M0D6C02](https://relinks.me/B00M0D6C02)



**Sinopsis:** La historia nos traslada al poblado de Naime, un escenario montañoso popular entre turistas amantes de esos paisajes y, a la vez, aficionados a lugares ricos en mitos y leyendas. Nos encontramos en la víspera de la noche de Halloween y, partir de un lugar y fecha en común, se nos presentan varios personajes de forma independiente. Una pareja que viaja a conocer a unas amistades cibernéticas. Un agente de policía obligado a trabajar esa noche en un lúgubre ayuntamiento en obras. Y una pandilla de adolescentes que busca emociones fuertes en una gran mansión supuestamente encantada. Dichas historias contadas de forma paralela conformarán un entramado de tramas entrelazadas que nos someterán a cuestionarnos qué es real, las intenciones de los personajes y de cómo han llegado a esa situación.

## HOY ES HALLOWEEN: La secuela de “Mañana es Halloween”

Disponible en exclusiva GRATIS con Amazon Kindle Unlimited

[relinks.me/B01MEELUB5](https://relinks.me/B01MEELUB5)



**Sinopsis:** Dos años después de *Mañana es Halloween*, el pueblo de Naime parece haber vuelto a la normalidad. Atrás quedan el horror y la sangre de aquella aciaga noche, olvidada ya por casi todos sus habitantes. Pero esa aparente calma... ¿no será acaso el preludio de algo peor? ¿No estará por llegar una amenaza mucho más terrible y de dimensiones apocalípticas? Víctor es uno de los que no olvida. Todavía lucha por recuperarse de las secuelas, físicas y mentales, de la tragedia que para él representa la Noche de Brujas desde entonces. Pronto empieza a sospechar que la pesadilla no ha terminado, cuando recibe una inesperada visita nocturna. Isaac, su padre, emprende una ardua investigación para averiguar cuál es el papel del jefe de policía en los brutales sucesos que han venido ocurriendo a lo largo de los últimos años. Una verdad oscura y siniestra asoma, a poco que se rasque en la superficie. Mientras tanto, un grupo de jóvenes acaba de ganar un concurso con un premio muy especial: celebrar la Noche de Halloween en el castillo del mismísimo conde Drácula, rodeados de mujeres ávidas de sexo y... ¿algo más?

Bienvenidos a la Noche del Terror. Estáis a punto de conocer una maldad antigua y devastadora. Un oscuro y ancestral plan que se cierne no solo sobre Naime, sino sobre toda la humanidad.

## DETRÁS DE MI MÚSICA

Disponible en exclusiva GRATIS AMAZON con KindleUnlimited y Amazon Prime Reading

[relinks.me/B010OWLBM4](https://relinks.me/B010OWLBM4)



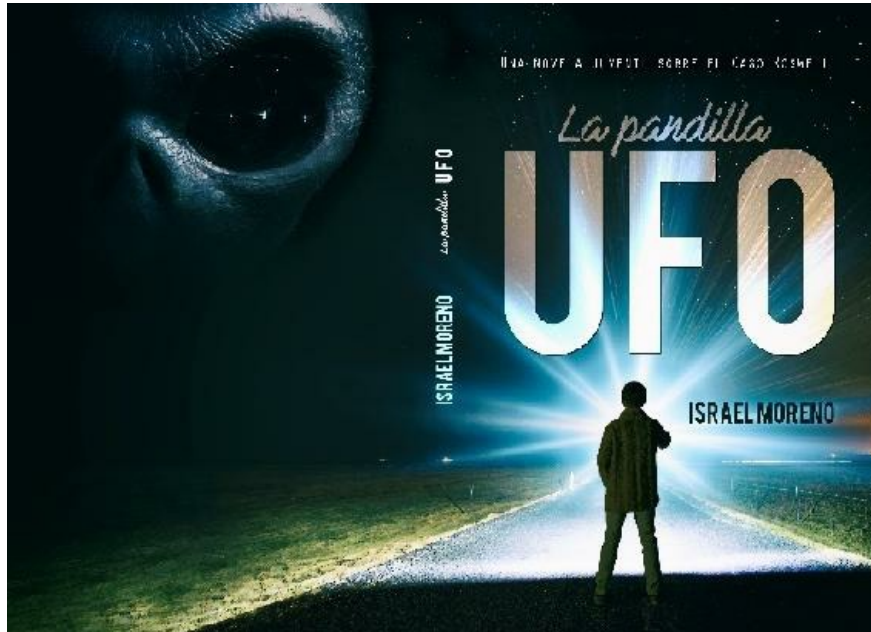
Sinopsis: Málaga, año 2015. Izan, un treintañero que regresa a su ciudad natal después de una larga ausencia, siente que ya nada es como recuerda. ¿Qué queda del grupo de pop-rock que fundó con sus amigos Jaime y Vicente? ¿Qué de los bares, las fiestas y los amores de entonces? A la memoria le vienen imágenes de su juventud en los albores del nuevo milenio. Aquel mágico verano de 1999 en el que todo cambió, mientras preparaban el concierto de sus vidas como un medio para alcanzar un importantísimo fin: perder la virginidad antes del fin del mundo vaticinado por Nostradamus en sus famosas centurias. A través de esos recuerdos, entre risas, reencuentros y sinsabores, Izan redescubrirá la verdad de su vida, lo que realmente le importa y le da impulso para seguir adelante. El secreto que se esconde detrás de su música.



## LA PANDILLA UFO: Una novela juvenil sobre el caso Roswell

Disponible GRATIS en AMAZON

[relinks.me/B07F5KL7F8](https://relinks.me/B07F5KL7F8)



Sinopsis: Roswell, Nuevo México, verano de 2018. Todo está listo para el Festival del OVNI de este año. Hace ya más de medio siglo, el supuesto choque de una nave extraterrestre en una granja cercana convirtió a esta población en una referencia para los amantes del misterio de todo el mundo. Nacido y criado a la sombra del incidente, Israel, un muchacho hispano de 18 años, comparte con su hermana Adriana, el pequeño Currito y un par de amigos su fascinación por todo lo que venga del espacio exterior. Juntos se hacen llamar la Pandilla UFO, y están a punto de hacer el descubrimiento del siglo. Algo tan extraordinario que todos quieren poseerlo, desde el conocido autor de una serie de libros sobre ufología al poderoso ejército de los EE. UU. ¿Sospecharán los miles de personas que acuden a la celebración lo cerca que están de la verdad que hay tras los platillos volantes?

En su nueva obra, Israel Moreno nos trae una aventura de ciencia ficción con



el sabor de aquellas películas que fascinaban al público de los ochenta. Sin dejar de lado el estilo personal de novelas anteriores como *Detrás de mi música* y *Mañana es Halloween* y su secuela (más de 120.000 copias vendidas), *La Pandilla UFO* propone algo diferente: ofrecer una historia capaz de entretener a grandes y pequeños por igual, para que padres e hijos puedan participar juntos de la experiencia.